

El testimonio de Watchman Nee

CONTENIDO

1. Introducción
2. **Capítulo uno:** El primer testimonio (18 de octubre de 1936) Salvación y llamamiento
3. **Capítulo dos:** El segundo testimonio (20 de octubre de 1936)
4. **Capítulo tres:** El tercer testimonio (20 de octubre de 1936)
5. **Apéndice:** Una carta del hermano Watchman Nee al compilador (10 de marzo de 1950)

PREFACIO A LA NUEVA EDICION

Esta es una nueva edición del libro *El testimonio de Watchman Nee*. La edición que se imprimió en 1974 era algo diferente del manuscrito original. Logramos obtener una copia del manuscrito original que el compilador K. H. Weigh escribió en chino y lo hemos traducido. El resultado es la edición revisada que aquí presentamos.

INTRODUCCION

Nee To-sheng (Watchman Nee) compartió estos tres testimonios en octubre de 1936 en una reunión de colaboradores que se llevó a cabo en Kulangsu, una isla situada en la costa sudeste de la provincia de Fukien, China. Según entiendo, ésta fue la única ocasión en la cual habló de su vida personal en detalle. Pocas veces había él relatado públicamente su propia experiencia espiritual, probablemente pensando: “Para que nadie piense de mí más de lo que en mí ve, u oye de mí” (2 Co. 12:6). El testimonio que Pablo dio en el capítulo doce de 2 Corintios sólo fue divulgado catorce años después. Frecuentemente pensé en publicar estos tres testimonios, pero a fin de compartir dicho punto de vista lo pospuse hasta ahora, treinta y siete años después. Decidí dar a conocer estos testimonios después de que Watchman Nee falleció en China el 30 de mayo de 1972. Creo que éste es el momento oportuno. Espero que los lectores no se detengan en la persona, sino que presten atención a la obra que el Señor hizo en él y a que estuvo dispuesto a permitir que el Señor realizara dicha obra. De esta manera, la gloria del Señor será expresada por medio de él. Como Pablo dice: “Para que el nombre de nuestro Señor Jesús sea glorificado en vosotros, y vosotros en El, conforme a la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo” (2 Ts. 1:12).

El primer testimonio: Salvación y llamamiento.

El segundo testimonio: (1) Aprender la lección de la cruz, (2) Tomar el liderazgo en la obra, (3) Dios es mi sanador, (4) Cuatro aspectos de la obra que Dios me encomendó.

El tercer testimonio: (1) Vivir una vida de fe, (2) La actitud hacia el dinero, (3) Confiar en Dios en lo relacionado con la distribución de literatura.

Estos tres testimonios no abarcan toda su vida espiritual ni su obra antes de 1936. Al leer las publicaciones *El testimonio actual* y *El cristiano* así como las cartas abiertas que él publicó antes de ese año, podemos apreciar que aún quedaban muchas obras y testimonios dignos de ser mencionados. En aquella reunión de colaboradores, nuestro hermano no podía extenderse mucho debido al tiempo asignado a cada reunión.

Por unos años Watchman Nee y yo fuimos compañeros de clase en “Trinity College”, una escuela fundada por la Iglesia de Inglaterra en la ciudad de Fuchow. Eramos buenos amigos y frecuentemente estudiábamos y jugábamos juntos. Durante los últimos dos años de la escuela secundaria, ambos éramos cristianos nominales; teníamos algún conocimiento de la Biblia y externamente observábamos los preceptos cristianos del bautismo, la sagrada comunión, la asistencia a las reuniones de la iglesia, los estudios bíblicos y la oración. Pero no habíamos aceptado en nuestro corazón al Cristo que fue crucificado por nuestros pecados y que resucitó al tercer día, ni le conocíamos como nuestro Salvador personal. Ambos amábamos el mundo e íbamos en pos de sus vanidades.

Watchman Nee procuraba obtener logros académicos en la literatura china y frecuentemente escribía artículos para los periódicos. El dinero así obtenido lo gastaba en boletos de lotería. A él le gustaban mucho las películas; yo, en cambio, prefería los deportes y anhelaba la fama y la gloria de los hombres.

En nuestro primer año de universidad, Watchman experimentó un cambio repentino en su vida. Se volvió un cristiano ferviente y dejó las cosas del mundo. Con frecuencia testificaba ante sus compañeros de clase, exhortándoles a creer en el Señor. Muchos de sus compañeros creyeron en el Señor y, voluntariamente, empezaron a ir a la capilla universitaria a orar, aun en los días de semana. A menudo Watchman estudiaba la Biblia durante clases; sin embargo, esto no afectó sus estudios, pues usualmente obtenía las mejores calificaciones en cada curso. Las vidas de muchos estudiantes cambiaron al aceptar al Señor. El director encargado de los dormitorios reconoció que algunos estudiantes indisciplinados, quienes solían violar los reglamentos de la escuela, experimentaron un gran cambio después de haber aceptado al Señor;

como resultado, el director enfrentaba menos casos de violaciones de reglamentos por parte de los estudiantes.

Watchman Nee me invitó a asistir a algunas reuniones evangelísticas pero no quise ir, pues había determinado en mi corazón ser famoso en el mundo de los deportes. Sin embargo, un día él vino a mi cuarto y me predicó el evangelio a solas, instándome a aceptar al Señor Jesús como mi Salvador. Aunque intenté argüir con él en cuanto a algunos problemas religiosos, él no debatió conmigo, sino que me hizo varias preguntas: “¿Has pecado? ¿Sabes si tus pecados te han sido perdonados? ¿Sabes si eres salvo?” En aquel momento no entendía por qué, pero sentía dolor en mi corazón. Posteriormente entendí que ésta era la obra de convicción del Espíritu Santo. Watchman me predicó el evangelio, explicándome que Dios me amaba y que entregó a Su Hijo unigénito por mí, y que si yo verdaderamente creía en El, no perecería y tendría vida eterna. Cuando me preguntó si creería en Cristo, le dije que sí. Nos arrodillamos juntos y oramos; él oró primero, y luego yo oré, pidiéndole al Señor que perdonara mis pecados y agradeciéndole por amarme y salvarme. Cuando me puse de pie, mi corazón estaba lleno de gozo y paz. Experimenté un gran cambio en mi vida y produje frutos dignos de arrepentimiento. Mi nombre estaba en su lista de oración, y el Señor había contestado su oración. ¡Alabado sea el Señor!

En 1924 me trasladé a la Universidad de Nanking, donde fui bombardeado por el modernismo. Mi fe fue sacudida. En aquel tiempo Watchman Nee estuvo hospedado en la casa de un hermano en Nanking, recuperándose de una enfermedad, y yo lo visitaba con frecuencia procurando tener comunión con él. Aquellas conversaciones me ayudaron a escapar de la influencia del modernismo. Después que su salud mejoró, me fue posible hacer arreglos para que él predicase el evangelio en la Universidad de Nanking. Como resultado de su predicación, dos de mis compañeros fueron salvos.

En 1928, cuando estaba por culminar mis estudios universitarios, consideré la opción de servir al Señor a tiempo completo. No quería ser un predicador asalariado, pero tampoco sabía cómo vivir por fe, así que fui a Watchman Nee para tener comunión con él. En aquel tiempo él estaba muy solo y en gran necesidad de colaboradores que tuvieran el mismo sentir. Cuando le consulté este asunto, él no me alentó de manera descuidada a servir al Señor. No se dejó afectar por su necesidad de colaboradores ni por nuestra relación personal. Simplemente me dijo que no esperase hasta que el río Jordán se abriera, sino que diera un paso en el agua por fe, y así el camino se abriría delante de mí. El sabía que yo carecía de tal fe. Yo estaba esperando que las circunstancias cambiaran para empezar a servir al Señor (hace cincuenta años en China era difícil encontrar a alguien que sirviera al Señor por fe como lo hacía Watchman

Nee). Por tanto, deseché la idea de servir al Señor y me dediqué a enseñar en la universidad, lo cual hice durante ocho años.

En la primavera de 1934, Watchman Nee llevó a cabo la tercera conferencia de *Los vencedores*, en Shanghai. En las mañanas hablaba de la centralidad y universalidad de Cristo, y por las tardes, acerca de los vencedores que Dios busca. En esos mensajes el Señor me dio una revelación que ocasionó un gran cambio en mi vida espiritual. Como resultado, me puse de pie en la conferencia y por primera vez consagré mi vida entera al Señor. En esos días todavía enseñaba en la universidad.

En 1935 en Chifú, el hermano Nee experimentó un derramamiento fresco y nuevo del Espíritu Santo. Después de esto, llevó a cabo una conferencia en Chuanchow, provincia de Fukien, a la cual me pidió que asistiese. En esta conferencia muchos experimentamos el derramamiento del Espíritu Santo y, como resultado, tuvimos el poder y la valentía de dar testimonio del Señor. Además, nuestro hermano predicó acerca del secreto para llevar una vida victoriosa, que consiste en dejar que Cristo viva en nosotros, conforme al testimonio de Pablo en Gálatas 2:20. Esta conferencia produjo un gran avivamiento.

En octubre de 1936, Watchman Nee condujo una conferencia de colaboradores en Kulangsu, provincia de Fukien, y me telegrafió, invitándome a asistir. Para entonces, yo ya tenía claridad con respecto al llamamiento del Señor y estaba dispuesto a renunciar a mi puesto de profesor con el fin de vivir por fe y servir al Señor. Mientras buscaba al Señor para que me guiara, recibí la invitación del hermano Nee. Inmediatamente percibí que era la voluntad de Dios que fuera a dicha conferencia. Agradezco al Señor que durante esa conferencia tuve la rara oportunidad de escuchar el testimonio de Watchman Nee, el cual más tarde habría de publicar en forma de tres artículos separados. Al finalizar la conferencia, el hermano Nee y los otros colaboradores me enviaron a iniciar la obra en Cantón y, posteriormente, en Hong Kong. En 1937 Watchman Nee comenzó la obra del Señor en la parte sudoeste de China, en la ciudad de Kunming, provincia de Yunnan. Después de haber establecido la iglesia allí, me invitó a mudarme a dicha localidad para laborar. Respondí a la carga y me mudé con toda mi familia, y allí laboré por tres años hasta mi retorno a Hong Kong en 1940.

Después de la segunda guerra mundial, siempre que Watchman Nee visitaba Cantón o Hong Kong, yo aprovechaba la oportunidad para tener comunión con él. Usualmente preparaba una serie de preguntas en cada visita, pero después de haber hablado con él, se hacía innecesario preguntar. En nuestra comunión siempre recibía un abundante suministro de vida.

En 1948 nuevamente tuve la oportunidad de asistir a una conferencia en la iglesia en Shanghai. El hermano Nee ministró acerca de entregarnos al Señor con todo lo que poseemos. Sus palabras causaron gran impacto y estaban llenas del poder del Espíritu Santo, y en las reuniones estaba la presencia del Señor. Muchos fueron reavivados y se entregaron al Señor con todas sus posesiones a fin de ser edificados conjuntamente en el servicio al Señor. Debido a que yo partía para Fuchow, en la última reunión de la conferencia el hermano Nee, en presencia de todos los hermanos y hermanas, me dirigió las siguientes palabras a manera de despedida:

Hay un solo Cristo, pero debido a los diferentes puntos de vista y prioridades de los obreros, da la impresión de que Cristo ha sido dividido en muchos. Si un colaborador no puede expresar al Cristo único que Dios desea presentar, su labor es un fracaso. Muchos hoy en día han tenido una relación personal con el Señor, mientras que otros solamente se agolpan a su alrededor, apretándolo (Mr. 5:24). Quizás algunos hayan verdaderamente tocado Su espalda, sostenido Su mano o rasgado Sus vestiduras; pero no han tenido ningún tipo de relación en vida con El. Entre los muchos que se acercaban a Jesús, la mujer que padecía flujo de sangre no era la única que estaba enferma, pero fue la única que recibió sanidad en vida (Mt. 9:20-22).

En la actualidad algunos verdaderamente conocen al Cristo de Betsaida (Mr. 8:22-26) o al Cristo de Gadara (Mr. 5:1-20) o al Cristo de Emaús (Lc. 24:13-35). Ellos ciertamente han experimentado milagros y maravillas. Quizás hasta hayan realizado milagros. Pero si no han recibido una revelación interna, ninguna de esas obras tendrá significado alguno. Quizás algunos hablen con un poder conmovedor acerca del Cristo de Emaús. Tal vez expongan las Escrituras y motiven a otros a ser fervorosos de corazón; sin embargo, esto para nada aprovecha. La verdadera obra consiste en impartir a otros el Cristo revelado. No me dirijo solamente al hermano Weigh, sino a todos los colaboradores y a todos los hermanos y hermanas. Si usted o yo no podemos impartir a otros el Cristo revelado, nuestra obra es un fracaso.

Aquí vemos que hay básicamente dos posiciones diferentes que el obrero del Señor puede tomar: una realza la labor, la exposición de las Escrituras, los milagros, las obras de poder, las respuestas a la oración, etc.; la otra presenta a los hombres el Cristo recibido por revelación.

En ese mismo año (1948) desde el comienzo de junio hasta fines de septiembre, Watchman Nee llevó a cabo un entrenamiento en el monte Kuling, en Fukien, con el propósito de adiestrar a los colaboradores de toda la China. Yo asistí a esas sesiones. Cada día pasábamos aproximadamente siete horas escuchando al hermano Nee y recibiendo su ministración. Recibí una enorme ayuda en mi entendimiento espiritual y en cuanto a los principios para laborar en la obra del Señor. Lo que él dijo, podría resumirse así:

- 1) Cómo ejercitar el espíritu
- 2) Cómo ser un ministro de la Palabra
- 3) Cómo leer la Biblia
- 4) Cómo predicar el evangelio
- 5) Cómo guiar a los creyentes nuevos
- 6) Cómo administrar los asuntos de la iglesia

Hubo también reuniones en las que se daban testimonios. Después de que los participantes daban breves testimonios, el hermano Nee hacía un diagnóstico espiritual del testimonio de cada uno, mostrando las respectivas dificultades espirituales y la manera de ser librados de ellas. Con un sentir agudo, daba diagnósticos precisos, de modo que lo que él indicaba satisfacía la necesidad de cada persona con exactitud. Cuando los colaboradores descendimos de la montaña y regresamos a nuestras respectivas iglesias locales, el Señor bendijo abundantemente las iglesias ocasionando un enorme avivamiento, de forma que las iglesias fueron edificadas y hubo progreso en la obra, lo cual dio por resultado que el evangelio fuera predicado con poder y que muchos fueran salvos.

A comienzos de 1950 Watchman Nee vino a Hong Kong, y al poco tiempo Witness Lee llegó a acompañarle. Anteriormente, había sido rara la ocasión en que ambos hermanos visitaran simultáneamente una iglesia. La ministración de ambos produjo un gran avivamiento en la iglesia en Hong Kong. Antes de esto se reunían allí unos trescientos creyentes. Como resultado del avivamiento, el número aumentó a unas dos o tres mil personas. La iglesia en Hong Kong recibió una bendición especial.

Poco después el hermano Nee contempló su retorno a Shanghai. La situación política allá era extremadamente tensa, y los hermanos trataron de disuadirlo de regresar a la China continental, pero él insistió en hacerlo, pues estaba preocupado por las iglesias y por los colaboradores. Se asemejaba al apóstol

Pablo quien, en la víspera de su viaje a Jerusalén, sabía que la cárcel y los padecimientos le aguardaban y estuvo dispuesto a morir por el nombre del Señor Jesús. A causa de su amor por el Señor, por la iglesia y por los hermanos y hermanas, el hermano Nee tuvo el mismo sentir que Pablo. Durante el primer o segundo año de su regreso a Shanghai, él aprovechó toda oportunidad para poner diligentemente su corazón y alma en la obra. Había entonces más de seiscientas iglesias locales por todo el país con un total de más de noventa mil santos, la mayoría de los cuales había recibido algún tipo de ayuda del hermano Nee. En 1952, debido a su lealtad al Señor y por causa de la verdad, el hermano Nee fue inesperadamente arrestado, encarcelado y sentenciado a veinte años de cárcel, durante los cuales fue imposible obtener noticias directas de él. Hasta donde yo sé, el gobierno lo usaba para traducir libros científicos del inglés al chino. Su esposa, quien falleció antes que él, en noviembre de 1971, solía visitarlo cada dos o tres semanas y le proveía para algunas de sus necesidades diarias. El corazón del hermano Nee era apenas la mitad del de una persona normal, y había padecido problemas cardíacos por muchos años, lo cual le ocasionaba dolores agudos cada vez que sufría ataques. No obstante, el Señor le conservó la vida hasta el 30 de mayo de 1972, cuando lo llevó a reposar en Su seno. El hermano Nee descansó así de su trabajo, y sus obras ciertamente con él siguen (Ap. 14:13). Aunque su cuerpo físico estaba confinado a la prisión, los mensajes que el Señor le dio han sido ampliamente divulgados por todo el mundo. En virtud de su ministerio, muchos santos han obtenido entendimiento espiritual por medio de la revelación, las iglesias han sido edificadas y muchos aspectos de la verdad, que hasta entonces se hallaban ocultos en la Biblia, han sido descubiertos. Algunos libros escritos por Watchman Nee tales como *La vida cristiana normal* y *La vida cristiana normal de la iglesia* han estado en gran demanda tanto en las Américas como en Europa y han hecho posible que muchos sean iluminados y sus vidas espirituales transformadas, lo cual los ha conducido, por ende, al terreno de la unidad en las iglesias locales y a establecer testimonios firmes. Durante este medio siglo, los mensajes proclamados y la obra que Dios ha hecho por medio de él han sido en extremo amplios y extensos. Estos tres testimonios sólo son una pequeña parte de lo que sucedió antes de 1936. Lo que he narrado acerca de lo ocurrido entre 1928 y 1952 es también muy breve. A través de sus muchos libros podemos percibir con cuánta claridad nuestro hermano entendía a Dios y cómo se entregó a El, al punto de estar dispuesto a aceptar la muerte en toda lealtad y obediencia. Fue verdaderamente un vaso usado por Dios, el cual, “habiendo servido a su propia generación según el consejo de Dios, durmió” (Hch. 13:36). Ciertamente nuestro hermano nos dejó un modelo, para que sigamos en Sus pisadas (1 P. 2:21). Que el Señor bendiga estos tres testimonios de tal manera que el lector pueda recordar a aquellos guías que hablaron la palabra de Dios, y considerando el resultado de

su conducta, imite su fe (He. 13:7). ¡A nuestro Dios y al Señor Jesús sea la gloria por siempre! Amén.

Kwang-hsi Weigh

El recopilador

CAPITULO UNO

EL PRIMER TESTIMONIO (18 DE OCTUBRE DE 1936) SALVACION Y LLAMAMIENTO

Lectura bíblica: Hch. 26:29; Gá. 1:15

TRASFONDO FAMILIAR

Nací en el seno de una familia cristiana, precedido por dos hermanas. Debido a que una tía mía había dado a luz a seis hijas sucesivamente, una tía por parte de mi padre se disgustó cuando mi madre dio a luz dos hijas. En la cultura china, es preferible tener hijos que hijas. Cuando mi madre dio a luz dos niñas, la gente decía que ella probablemente sería como la tía que había dado a luz seis niñas antes de engendrar un varón. A pesar que en ese entonces mi madre no había sido claramente salva, ella sabía cómo orar; así que habló con el Señor, diciéndole: “Si tengo un hijo, te lo entregaré a Ti”. El Señor escuchó su oración, y nací yo. Mi padre me dijo: “Antes que nacieras, tu madre prometió entregarte al Señor”.

SALVO Y LLAMADO AL MISMO TIEMPO

Fui salvo en 1920 a la edad de diecisiete años. Antes de ser salvo experimenté un conflicto en mi mente con relación a aceptar o no al Señor Jesús como mi Salvador y si debía o no ser un siervo del Señor. Para la mayoría de las personas, el problema que enfrentan al momento de su salvación es el de cómo ser liberados del pecado. Pero para mí, la carrera que deseaba y ser salvo del pecado estaban estrechamente ligados. Si yo aceptaba al Señor Jesús como mi Salvador, al mismo tiempo lo aceptaría como mi Señor. El no sólo me libraría del pecado sino también del mundo. En aquel tiempo sentía temor de ser salvo pues sabía que, una vez salvo, debía servir al Señor. Así que, mi salvación habría de ser una salvación dual. Me era imposible rechazar el llamamiento del Señor y quedarme únicamente con la salvación. Debía elegir entre creer en el Señor y obtener una salvación dual, o abandonar ambas. Para mí, aceptar al Señor significaba que ambos eventos ocurrirían simultáneamente.

LA DECISION FINAL

En la noche del 29 de abril de 1920 estaba solo en mi cuarto. No tenía paz. Ya sea que me sentara o me acostara, no encontraba descanso, porque en mí se libraba el conflicto de si debía creer o no en el Señor. Mi primera tendencia era no creer en el Señor Jesús y no hacerme cristiano. Sin embargo, esto me producía una intranquilidad interior. A raíz de esa lucha me arrodillé a orar. Al principio no tenía palabras, pero después me vinieron a la mente muchos pecados y me di cuenta de que era un pecador. Nunca había tenido tal experiencia en mi vida. Me vi a mí mismo como un pecador y vi, además, al Salvador. Vi la inmundicia del pecado y también la eficacia de la sangre preciosa del Señor, que me lavaba y me hacía blanco como la nieve. Vi las manos del Señor clavadas en la cruz y, al mismo tiempo, lo vi a El extendiendo Sus brazos para recibirme diciendo: “Estoy aquí esperando recibirte”. Conmovido entrañablemente por tal amor, me fue imposible rechazarlo y decidí aceptarlo como mi Salvador. Anteriormente, me burlaba de los que habían creído en el Señor, pero aquella noche no pude mofarme; al contrario, lloré y confesé mis pecados, buscando el perdón del Señor. Después de haber confesado mis faltas, el peso de mis pecados fue descargado, y me sentí flotando y lleno de paz y gozo internos. Esta fue la primera vez en mi vida que supe que era un pecador. Oré por primera vez y también por primera vez experimenté gozo y paz. Quizás haya tenido algún gozo y paz anteriormente, pero lo que experimenté después de mi salvación fue muy real. Aquella noche, estando solo en mi cuarto, vi la luz y perdí toda consciencia de donde estaba. Le dije al Señor: “Señor, verdaderamente me has concedido Tu gracia”.

RENUNCIAR A MI FUTURO

Entre los asistentes se encuentran al menos tres de mis excompañeros de estudio. Entre ellos está el hermano Weigh Kwang-hsi, quien puede dar testimonio de cuán indisciplinado y cuán buen estudiante era. Por un lado, frecuentemente quebrantaba los reglamentos de la escuela; por otro, siempre obtenía las mejores calificaciones debido a que Dios me había concedido inteligencia. A menudo mis ensayos eran exhibidos en la cartelera de la escuela. En aquel tiempo yo era un joven lleno de aspiraciones y planes; además, pensaba que mis criterios estaban bien fundados. Puedo decir con modestia que, de haber trabajado diligentemente en el mundo, es muy probable que hubiese tenido bastante éxito. Mis compañeros de escuela también pueden corroborarlo. Pero después de haber sido salvo, me sucedieron muchas cosas. Todos mis planes se derrumbaron y fueron reducidos a nada. Renuncié a mi carrera. Para algunos, tomar esta decisión pudo haber sido fácil; pero para mí, quien abrigaba tantos ideales, sueños y planes, fue una decisión extremadamente difícil. Desde

aquella noche en que fui salvo, comencé una nueva vida, pues la vida del Dios eterno había entrado en mí.

Mi salvación y llamamiento para servir al Señor ocurrieron simultáneamente. Desde esa noche, nunca he tenido duda en cuanto a haber sido llamado. En aquella hora decidí mi profesión futura de una vez por todas. Entendí que el Señor me había salvado para mi propio beneficio y, al mismo tiempo, para el beneficio Suyo. Él quería que yo obtuviese Su vida eterna, y también deseaba que le sirviera y fuera Su colaborador. Cuando era niño, no entendía la esencia de la predicación. Luego, al crecer, la estimaba como la ocupación más vil e insignificante de todas. En aquellos días, la mayoría de los predicadores eran empleados de misioneros europeos o estadounidenses; eran súbditos serviles de ellos y apenas ganaban unos ocho o nueve dólares al mes. Yo no tenía ninguna intención de convertirme en un predicador ni de ser cristiano. Nunca me hubiera imaginado que iría a escoger la profesión de predicador, una carrera que menospreciaba y consideraba insignificante e inferior.

APRENDER A SERVIR AL SEÑOR

Después de haber sido salvo, continué en la escuela aunque ya no tenía mucho interés en los libros. Mientras otros leían novelas en la clase, yo estudiaba diligentemente la Biblia. [Nota del editor: aunque el hermano Nee estudiaba la Biblia en clase, obtenía las calificaciones más altas en los exámenes finales]. Posteriormente, deseando avanzar en los asuntos espirituales, dejé la escuela e ingresé al Instituto Bíblico de la hermana Dora Yu en Shanghai. [Nota del editor: la hermana Yu era una evangelista conocida]. Sin embargo, poco tiempo después ella me despidió muy cortésmente, dando como razón que era mejor que no permaneciese allí más tiempo; así que regresé a casa. Comprendí que mi carne aún no había sido quebrantada, pues todavía me agradaba la buena comida y la ropa fina y me gustaba dormir hasta las ocho de la mañana. Dora Yu pensaba que yo podía ser útil al Señor y que tenía futuro promisorio, pero cuando descubrió cuán perezoso era, me envió de regreso a casa.

En aquel tiempo yo estaba completamente desanimado, sentía que mi futuro estaba destruido y hasta puse en duda mi salvación. Pero ¡ciertamente ya era salvo! Además, me consideraba bueno y pensaba que había sido transformado en muchos aspectos, sin darme cuenta de que todavía tenía mucho que aprender y necesitaba mucha disciplina. Confiado en que el Señor me había salvado y llamado, no podía desalentarme. Si bien reconocía que aún no era lo suficientemente bueno, pensaba que mejoraría con el transcurso del tiempo.

Debido a que no era el momento oportuno para ir en pos de mis intereses espirituales, decidí regresar a la escuela. Cuando mis compañeros de clase me

vieron, reconocieron que había cambiado, pero no había cambiado completamente pues en ocasiones me enojaba y cometía necedades. A veces parecía ser una persona salva, pero a veces no. Por tanto, mi testimonio en la escuela no era muy convincente, y el hermano Weigh no me prestó atención cuando le prediqué. [Nota del editor: las oraciones del hermano Nee y su ayuda finalmente trajeron al hermano Weigh al Señor].

Después de ser salvo, espontáneamente amaba las almas de los pecadores y tenía la esperanza de que fueran salvos. Con este objetivo, comencé a predicar el evangelio y a dar testimonio a mis compañeros. Sin embargo, después de casi un año de trabajo, nadie había sido salvo. Yo pensaba que cuantas más palabras pronunciara y más explicaciones diera, más eficaz sería en salvar a las personas. Pero si bien tenía mucho qué decir acerca del Señor, mis palabras carecían del poder que conmoviera a los oyentes.

Orar por la salvación de otros

Durante este tiempo conocí a una misionera occidental, la señorita Groves (colaboradora de la hermana Margaret Barber), quien me preguntó cuántas personas había yo traído al Señor durante mi primer año de haber sido salvo. Agaché mi cabeza, esperando evitar más preguntas, y avergonzado admití en voz trémula que, aunque había predicado el evangelio a mis compañeros, ellos no me escuchaban, y cuando me escuchaban, no creían. Yo pensaba que, como ellos no me habían hecho caso, tendrían que sufrir las consecuencias. Ella me contestó francamente: “No puedes guiar a las personas al Señor porque hay algo que se interpone entre tú y Dios. Quizás sea algún pecado oculto que no has desechado, o tal vez le debas algo a alguien”. Admití que aquello era cierto, y ella me preguntó si estaba dispuesto a corregirlo. Le respondí que sí.

Ella también me preguntó cómo daba testimonio. Le respondí que escogía las personas al azar y les testificaba, sin preocuparme si me hacían caso. Ella dijo: “Esta no es la manera correcta. Debes hablarle a Dios antes de hablarles a las personas. Debes orar a Dios, hacer una lista de tus compañeros de escuela y preguntarle a Dios por quiénes debes orar. Ora por ellos todos los días, mencionándolos por nombre. Entonces, cuando Dios te dé la oportunidad, debes darles testimonio”.

Después de esa conversación, inmediatamente empecé a resolver el problema de mis pecados haciendo restitución, pagando mis deudas, reconciliándome con mis compañeros de escuela y confesando mis ofensas. También anoté en un cuaderno los nombres de aproximadamente setenta compañeros y comencé a orar por ellos diariamente, mencionando sus nombres ante Dios uno por uno. A veces oraba por ellos cada hora, orando en silencio durante las clases. Cuando se

presentaba la oportunidad, les daba testimonio y trataba de persuadirlos a que creyesen en el Señor Jesús. A menudo mis compañeros se burlaban de mí, diciendo: “Allí viene el predicador. Escuchemos su sermón”. Pero ellos no tenían intención alguna de escucharme.

Llamé a la señorita Groves otra vez y le dije: “He cumplido con exactitud sus instrucciones. ¿Por qué aún no obtengo resultados?” Ella respondió: “No te desanimes. Continúa orando hasta que algunos sean salvos”. Por la gracia del Señor continué orando diariamente, y cuando se me presentaba la oportunidad, daba testimonio y predicaba el evangelio. Gracias al Señor, al cabo de varios meses, fueron salvos todos —excepto uno— de las setenta personas que había anotado en mi cuaderno.

Lleno del Espíritu Santo

Aunque algunos habían sido salvos, yo aún no me sentía satisfecho debido a que muchos en el colegio y en la ciudad todavía no eran salvos. Sentía la necesidad de ser lleno del Espíritu Santo y de recibir poder de lo alto para traer muchos más al Señor. Entonces visité a la señorita Margaret Barber. Siendo inmaduro en asuntos espirituales, le pregunté si era necesario ser lleno del Espíritu Santo a fin de obtener poder para salvar a muchos. Ella respondió que sí. Le pregunté respecto de la manera en que uno podía ser lleno del Espíritu Santo, y me dijo: “Debes presentarte a Dios para que El te llene de Sí mismo”. Le contesté que ya me había presentado a Dios. Pero cuando volví a examinar el asunto, sabía que todavía me encontraba en mi viejo yo. Entendía que Dios me había salvado, elegido y llamado. Si bien no había obtenido una victoria completa, había sido librado de muchos pecados y malos hábitos, y había abandonado muchas cosas que me estorbaban. Aún así, todavía carecía del poder espiritual que me permitiera llevar a cabo la obra espiritual. Luego ella me contó la siguiente historia:

El hermano Prigin era un estadounidense que había estado en China. Había obtenido una maestría y estaba estudiando para obtener un doctorado. Insatisfecho por la condición de su vida espiritual, buscó al Señor en oración y le dijo a Dios: “Tengo muy poca fe, no puedo vencer algunos pecados y carezco de poder para servir en la obra”. Por dos semanas le pidió a Dios específicamente que lo llenara del Espíritu Santo para que pudiese llevar una vida victoriosa llena de poder. Dios le dijo: “¿En verdad quieres esto? Si es así, no te presentes al examen final dentro de dos meses, pues Yo no necesito un doctor en Filosofía”. El se sintió en un dilema. Puesto que estaba seguro de obtener el doctorado, sería una lástima no tomar el examen. El

hermano Prigin se arrodilló a orar y le preguntó a Dios por qué no le permitía recibir el título y ser ministro a la vez. Pero he aquí algo misterioso: una vez que Dios pide algo, El se mantiene firme y no negocia con nadie.

Los siguientes dos meses fueron muy dolorosos. El último sábado de aquel período nuestro hermano experimentó un verdadero conflicto interno. ¿Quería el título o prefería ser lleno del Espíritu Santo? ¿Qué era mejor: un doctorado o una vida victoriosa? Otros podían ser doctores y aun así ser usados por Dios: ¿por qué no él? Estaba luchando y argumentando con Dios y no sabía qué hacer. Deseaba obtener el doctorado, y también quería ser lleno del Espíritu Santo. Pero Dios no cedía. Elegir el título de doctor le haría imposible vivir la vida espiritual; llevar la vida espiritual requería que abandonase el título de doctor. Finalmente, con lágrimas en los ojos, dijo: “Me someto. Aunque he estudiado dos años para obtener el doctorado, una meta que he deseado alcanzar por treinta años desde mi niñez, no tengo otra alternativa que renunciar a tomar el examen y someterme a Dios”. Después de tomar esta decisión, escribió para notificar a la universidad que no se presentaría al examen el lunes siguiente, abandonando así toda esperanza de obtener un doctorado. Estaba tan exhausto aquella noche que no pudo prepararse para dar un mensaje a la congregación el próximo día; así que, simplemente relató a la congregación cómo se había rendido al Señor. En aquel día la congregación fue reavivada. Tres cuartas partes de ellos tenían lágrimas en los ojos. El propio hermano Prigin obtuvo fuerzas al punto de declarar: “Si hubiese sabido cuál iba a ser el resultado, me habría sometido antes”. Su labor subsecuente fue grandemente bendecida por el Señor y llegó a tener un profundo conocimiento de Dios.

Cuando visité Inglaterra, tenía la intención de ir a los Estados Unidos para conocer al hermano Prigin, pero el Señor se lo llevó antes que yo tuviese la oportunidad de verlo. Cuando escuché este testimonio, le dije al Señor: “Estoy dispuesto a deshacerme de cualquier cosa que se interponga entre Tú y yo a fin de ser lleno del Espíritu Santo”. Entre 1920 y 1922 confesé mis ofensas a unas doscientas o trescientas personas. Después de un escrutinio más cuidadoso de los eventos ocurridos en mi pasado personal, sentía que aún había algo entre Dios y yo; de no ser así, tendría vitalidad espiritual. Pero a pesar de experimentar más quebrantos, aún no obtenía fuerzas.

DISCIPLINADO POR DIOS

Un día, mientras buscaba un tema en la Biblia para dar un mensaje, la abrí al azar y apareció ante mis ojos Salmos 73:25: “¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra”. Después de leer estas palabras me dije a mí mismo: “El escritor de este salmo puede decir esto, pero yo no”. Descubrí entonces de que había algo que se interponía entre Dios y yo.

Debido a que mi esposa no está presente, puedo relatarles esta historia. Yo ya estaba enamorado de ella aproximadamente diez años antes de que nos casáramos, aunque ella todavía no era salva. Cuando le hablé del Señor Jesús y traté de persuadirla a que creyera, se burló de mí. Debo admitir que la amaba pero, al mismo tiempo, me dolió mucho que se burlara del Señor en quien yo había creído. En aquel momento me pregunté si era ella quien ocupaba el primer lugar en mi corazón o era el Señor. Una vez que los jóvenes se enamoran, es muy difícil que renuncien al objeto de su amor. Le dije a Dios que renunciaba a ella, pero en lo profundo de mi corazón no estaba dispuesto a hacerlo. Después de leer el salmo 73 otra vez, le dije a Dios: “No puedo afirmar que fuera de Ti nada deseo en la tierra, porque hay alguien en la tierra a quien amo”. En aquel instante, el Espíritu Santo me mostró claramente que había una barrera entre Dios y yo.

Aquel mismo día prediqué un mensaje, pero no sabía lo que decía. De hecho, estaba hablándole a Dios, pidiéndole que fuera paciente y me diera fuerzas hasta que yo pudiera renunciar a ella. Le pedí a Dios que pospusiera su exigencia con respecto a este asunto. Pero Dios nunca argumenta con el hombre. Pensé ir a la desolada frontera del Tíbet a predicar el evangelio y le sugerí muchas otras empresas a Dios, esperando que se conmoviera y no me pidiera que renunciara a quien yo amaba. Pero una vez que Dios pone el dedo sobre algo, no lo quita. No importó cuanto oré, no pude seguir adelante. No tenía entusiasmo por mis estudios y, al mismo tiempo, carecía del poder del Espíritu Santo, el cual buscaba diligentemente. Estaba en una terrible agonía. Oraba constantemente, esperando que mis súplicas sinceras hicieran que Dios cambiara de parecer. Doy gracias al Señor porque en todo esto El quería que yo aprendiese a negarme a mí mismo, a poner a un lado el amor humano y a amarlo exclusivamente a El con un corazón sencillo. De lo contrario, habría sido un cristiano inútil en Sus manos. El cortó mi vida natural con un cuchillo afilado, para que yo aprendiese una lección que nunca antes se me había enseñado.

En cierta ocasión, prediqué un mensaje y regresé a mi cuarto con un terrible peso en el corazón. Le dije a Dios que regresaría al colegio el lunes siguiente y procuraría ser lleno del Espíritu Santo y del amor de Cristo. Durante las siguientes dos semanas, encontré que aún así no podía proclamar con

convicción las palabras de Salmos 73:25. Pero agradezco al Señor que poco tiempo después fui lleno de Su amor y estuve dispuesto a renunciar a la que amaba y a declarar con denuedo: “¡La dejaré! ¡Ella nunca será mía!” Después de esta declaración, pude finalmente proclamar las palabras de Salmos 73:25. Ese día yo estaba en el segundo cielo, quizás en el tercero. El mundo parecía más pequeño, y me sentía como si estuviese montado en las nubes y cabalgando sobre ellas. La noche de mi salvación fue eliminada la carga de mis pecados; pero en aquel día, el 13 de febrero de 1922, cuando renuncié a la persona que yo amaba, mi corazón fue vaciado de todo lo que antes me había ocupado.

A la semana siguiente comenzaron a salvarse las personas. El hermano Weigh, quien era mi compañero de clases, puede testificar que hasta ese momento yo había sido muy distinguido en mi forma de vestir. Solía llevar una túnica de seda con puntos rojos, pero aquel día deseché mi ropa y zapatos finos. Fabriqué engrudo en la cocina y, recogiendo un montón de carteles evangelísticos, salí a la calle a pegarlos en las paredes y a repartir volantes con mensajes del evangelio. En aquellos días, en Fuchow, provincia de Fukien, esto era un acto muy radical.

Comencé la obra de extender el evangelio a partir de mi segundo semestre en la universidad en 1922, y fueron salvos muchos de mis compañeros. Oraba diariamente por aquellos que había anotado en mi cuaderno. A partir de 1923 comencé a rentar o a pedir prestados salones con el fin de extender la obra evangelizadora. Centenares de personas fueron salvas. De la lista que tenía en mi cuaderno, sólo uno no fue salvo. Esto es evidencia de que Dios escucha tales oraciones. El desea que oremos primero por los pecadores antes que sean salvos. En esos pocos años hubo muchas oportunidades en las que comprobamos este hecho.

APRENDER LA LECCION DE LA SUMISION

En 1923 éramos siete los que laborábamos conjuntamente como colaboradores. Dos de nosotros tomábamos el liderazgo, a saber, un colaborador que era cinco años mayor que yo y mi persona. Teníamos una reunión de colaboradores cada viernes en la cual, a menudo, los otros cinco colaboradores se veían obligados a escuchar las discusiones entre nosotros dos. Todos éramos jóvenes entonces y cada uno tenía su propia manera de pensar. Con frecuencia yo acusaba al otro colaborador de estar errado, y viceversa. Dado que mi temperamento no había sido quebrantado, me enojaba con facilidad. Hoy, en 1936, a veces me río, pero en ese entonces rara vez me reía. En nuestras controversias, reconozco que a veces yo estaba equivocado, pero él también estaba errado a veces. Me era fácil pasar por alto mis propias culpas, pero no me era fácil perdonar a otros. Después de argumentar el viernes, yo iba el sábado a visitar a la señorita Barber

para acusar al otro colaborador. Le decía: “Le dije al colaborador que debía comportarse de cierta manera, pero no me hace caso. Usted debería hablarle”. Ella replicaba: “El es cinco años mayor que tú; eres tú quien debe obedecerle”. Le dije: “¿Debo escucharle aunque él esté equivocado?” Ella me decía: “¡Sí! Las Escrituras dicen que el menor debe obedecer al mayor”. Yo le respondía: “No puedo hacer eso. Un cristiano debe actuar con lógica”. Ella me contestaba: “No te debe preocupar si es lógico o no. Las Escrituras dicen que los jóvenes deben estar sujetos a los ancianos”. Me molestaba profundamente que la Biblia dijera tal cosa. Quería dar rienda suelta a mi indignación, pero no podía.

Cada vez que surgía una controversia el viernes, yo acudía a la hermana Barber para quejarme, pero ella nuevamente me citaba las Escrituras mostrándome que yo debía estar sujeto al mayor. A veces, lloraba la noche del viernes después de la disputa por la tarde; luego, el siguiente día iba a la hermana Barber a presentar mis quejas con la esperanza de que ella me diera la razón. Pero me encontraba llorando nuevamente el sábado por la noche al regresar a casa. Deseaba haber nacido unos años antes. En una controversia recuerdo particularmente que yo tenía argumentos muy convincentes a mi favor; me pareció que si se los hacía notar a la hermana Barber, ella entendería que mi colaborador estaba errado y, entonces, me apoyaría. Pero ella me dijo: “No importa si el colaborador está errado o no. Cuando acusas a tu hermano delante de mí, ¿estás tomando la cruz? ¿Estás siendo como un cordero?” Cuando ella me hizo esas preguntas, me sentí muy avergonzado, y todavía lo recuerdo. Mis palabras y mi actitud en aquel día revelaban que verdaderamente yo no llevaba la cruz, ni era como un cordero.

En tales circunstancias aprendí a obedecer a un colaborador mayor que yo. En aquel año y medio aprendí la lección mas preciosa de mi vida. Yo estaba lleno de ideas, pero Dios quería introducirme en la realidad espiritual. En aquel año y medio descubrí qué era llevar la cruz. Ahora, en 1936, tenemos unos cincuenta colaboradores; de no haber sido por la lección de obediencia que aprendí en aquel año y medio, temo que no podría trabajar con nadie. Dios me puso en aquellas circunstancias para que aprendiese a estar bajo la restricción del Espíritu Santo. En aquellos dieciocho meses no tuve ninguna oportunidad de presentar mis propuestas; sólo podía llorar y sufrir dolorosamente. Pero de no haber sucedido así, nunca me habría dado cuenta lo difícil que era ser quebrantado. Dios quería pulirme y quitar todas mis defensas puntiagudas. Esto no ha sido fácil de conseguir. ¡Cuánto agradezco y alabo a Dios, cuya gracia me sostuvo al pasarme por estas experiencias!

Ahora me dirijo a los colaboradores más jóvenes. Si ustedes no pueden aceptar las pruebas de la cruz, no serán instrumentos útiles. Dios sólo se deleita en el espíritu de un cordero: su afabilidad, humildad y paz. Las ambiciones, metas

elevadas y destrezas que ustedes tienen, son inútiles ante Dios. He transitado este camino y son muchas las ocasiones en que he confesado mis defectos. Todo lo que me atañe, está en las manos de Dios. No es cuestión de estar en lo correcto o no, sino de tomar la cruz. En la iglesia no tienen lugar el bien y el mal; lo único que cuenta es la cruz y aceptar que ésta nos quebrante. Esto hará que la vida de Dios fluya abundantemente y El lleve a cabo Su voluntad.

CAPITULO DOS

EL SEGUNDO TESTIMONIO (20 DE OCTUBRE DE 1936)

Hoy quisiera dar mi testimonio acerca de cuatro temas: (1) aprender la lección de la cruz, (2) tomar el liderazgo en la obra, (3) ser sanado y experimentar a Dios como mi Sanador, y (4) cuatro aspectos de la obra que el Señor me encomendó.

APRENDER LA LECCION DE LA CRUZ

Es posible que un creyente lea, estudie o exponga enseñanzas acerca de la cruz sin haber aprendido la lección de la cruz ni haber conocido el camino de la cruz. Cuando estaba con mis colaboradores siendo concertado en el servicio, el Señor dispuso muchas cruces para mí. Muchas veces me sentí avergonzado, pues no aceptaba el quebrantamiento de la cruz y encontraba difícil someterme. Sin embargo, en mi interior reconocía que si la cruz había sido ordenada por Dios, era lo apropiado, aunque todavía me era difícil aceptarla y obedecerla. Mientras el Señor estuvo en la tierra, aprendió obediencia por la cruz que padeció (He. 5:8; Fil. 2:8). ¿Cómo podría ser yo la excepción? Durante los primeros ocho o nueve meses en los cuales empezó a venir la lección de la cruz, yo no obedecía. Sabía que debía rendirme sin ofrecer resistencia a la cruz ordenada por el Señor; pero cuando me decidía a obedecer, mi determinación duraba corto tiempo. Cuando se me presentaba alguna situación en la cual debía ser obediente, me era difícil obedecer y estaba lleno de pensamientos rebeldes. Esto me perturbaba mucho.

Cuando aceptaba la cruz que el Señor había ordenado para mí, encontraba que ésta me era de gran beneficio. Entre mis colaboradores, cinco de ellos habían sido mis compañeros de estudio desde la niñez; el sexto vino de otra ciudad y era cinco años mayor que yo. Los cinco excompañeros míos siempre apoyaban al otro colaborador y se oponían a lo que yo decía. No importaba lo que yo hiciera, ellos invariablemente me censuraban. De hecho, muchas veces recibieron el mérito por lo que yo había hecho. Algunas veces, cuando ellos rechazaban mis propuestas, yo iba a una colina solitaria a llorar delante de Dios. Durante aquellos tiempos escribí algunos himnos acerca de llevar la cruz, y por

primera vez experimenté lo que significaba conocer “la comunión en Sus padecimientos” (Fil. 3:10). Cuando no podía tener comunión con el mundo, podía disfrutar de comunión celestial. Los primeros dos años de mi salvación, no conocía lo que era la cruz. Pero durante ese tiempo empecé a aprender la lección de la cruz.

Siempre fui el primero de mi clase y en la escuela; por tanto, también quería ser el primero en el servicio al Señor. Por esta razón, cuando era puesto en segundo lugar, desobedecía. Le dije a Dios repetidas veces que no podía soportar estas circunstancias, pues yo estaba recibiendo muy poco honor y autoridad, y todos apoyaban al hermano de más edad. Pero hoy adoro a Dios y le agradezco desde lo más profundo en mi ser de que todo esto me haya sucedido. Este fue mi mejor adiestramiento. Dios deseaba que yo aprendiera obediencia, y por eso El dispuso que yo enfrentara muchas dificultades. Finalmente le dije que estaba dispuesto a ser relegado a un segundo lugar. Cuando estuve dispuesto a rendirme, experimenté un gozo distinto al gozo de mi salvación; no era un gozo extenso sino profundo. Después de ocho o nueve meses, en muchas ocasiones estuve dispuesto a ser quebrantado y no hice lo que quería. Estaba lleno de gozo y paz al andar en la senda espiritual. El Señor se sometió a la disciplina de Dios, y yo estaba dispuesto a hacer lo mismo. El Señor, existiendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó a Sí mismo (Fil. 2:6-7). ¿Cómo podía yo considerarme superior al Señor? Cuando comencé a aprender la obediencia, me era difícil, pero a medida que pasaba el tiempo lo encontraba más fácil. Finalmente, le dije a Dios que escogía la cruz, aceptaba su quebrantamiento y deseaba mis propias ideas.

TOMAR EL LIDERAZGO EN LA OBRA

Cuando la obra de Dios comenzó en varios lugares de China en 1921, no se entendían algunas verdades con claridad. Por ejemplo, no se definía claramente qué era la gracia ni qué era la ley; tampoco se diferenciaban con nitidez el reino de los cielos y la vida eterna, la gracia y la recompensa, ni la salvación y la victoria. La comprensión de las verdades del Señor no era lo suficientemente profunda ni rica. Sin embargo, se tenía un entendimiento relativamente diáfano en cuanto al evangelio de la gracia, y éste se predicaba con bastante claridad por el señor Wang Ming-dao en Teh-Chow, por las hermanas Pearl Wang y Ruth Lee en Nanking, y por algunos colaboradores y yo en Fuchow.

Publicar El testimonio actual

Al fines de 1922 tenía la carga de publicar una revista, debido a que habían sido salvadas bastantes personas en Fuchow y la cantidad seguía aumentando. En cierta ocasión el hermano Leland Wang salió de viaje a la región del Yangtze a predicar el evangelio, y su esposa e hijos quedaron en casa. El me pidió que me

trasladase a su casa para ayudar en el cuidado de su familia. Cada día, la hermana Wang y yo orábamos por dicha revista. En aquel tiempo yo estaba muy limitado económicamente. Estuvimos orando por más de un mes sin tener ni un solo dólar. Una mañana me dije: “No hay necesidad de orar más, pues eso sería falta de fe. Lo que debo hacer es comenzar a escribir. ¡Dios no necesita poner el dinero en nuestras manos antes de que comencemos a escribir! Por tanto, no oraré más por este asunto, sino que procederé a preparar los borradores”.

Cuando todo estuvo listo y la última palabra hubo sido escrita, dije: “Ahora vendrá el dinero”. Me arrodillé otra vez para orar, diciendo: “Oh Dios, los manuscritos están listos para ser impresos, pero aún no tenemos el dinero”. Después de haber orado así, sentí la plena confianza de que Dios daría el dinero; así que, empezamos a alabar a Dios.

Lo asombroso fue que no acabábamos de ponernos de pie cuando alguien tocó a la puerta. Pensé que alguien venía con el dinero. Dado que la casa pertenecía a la hermana Wang, dejé que ella abriera la puerta. Para mi sorpresa, nos visitaba una hermana que era muy rica pero bastante avara. Pensé: “Sabiedo cómo es ella, no habrá dinero”. Pero ella me dijo: “Tengo algo extremadamente importante que quiero conversar con usted”. Le respondí: “Por favor, dígame”. Entonces ella me preguntó: “¿Cómo debe un cristiano ofrendar?” Repliqué que no debíamos adoptar el método prescrito en el Antiguo Testamento de pagar diezmos, sino que debíamos seguir lo que describe 2 Corintios 9:7 y dar conforme a lo que Dios mande. Podemos ofrendar la mitad de nuestros ingresos, una tercera parte, una décima parte o una veinteava parte. Entonces ella preguntó: “¿Dónde debo dar la ofrenda?” Le respondí: “No dé su dinero a una iglesia que se oponga al Señor, ni tampoco a aquellos que no creen en la Biblia ni en la redención efectuada por la sangre del Señor. Si nadie contribuyera con dinero a la causa de ellos, no podrían continuar su predicación. Ore antes de ofrendar; luego, puede dar a los pobres o a alguna obra, pero nunca dé a alguna organización impropia”. Ella dijo: “El Señor me ha estado hablando por muchos días respecto a mi excesivo apego al dinero. Al principio no estuve dispuesta a aceptarlo, pero ahora sí puedo hacerlo. Cuando estaba orando esta mañana, el Señor me dijo: ‘No tienes que orar más. Simplemente empieza a dar tu dinero’. Estaba desconcertada, pero ahora aquí estoy con treinta dólares para que usted los use en la obra del Señor”. Este dinero fue suficiente para imprimir mil cuatrocientos ejemplares de *El testimonio actual*. Luego, otra persona dio treinta dólares más, los cuales fueron suficientes para el franqueo postal y otros gastos. Así fue publicada la primera edición de *El testimonio actual*.

El comienzo de un avivamiento

A principios de 1923 iniciamos las reuniones en Fuchow usando un cobertizo ubicado en la casa de un hermano. Se recolectaban taburetes de diversos lugares, y circulábamos por el vecindario invitando a las personas a que vinieran y escucharan. Debido a que el Señor había comenzado algo, era fácil que las personas se salvaran. Nuestro método de invitar a las personas era muy eficaz: cada hermano vestía un chaleco blanco con frases tales como “Todos hemos de morir” al frente y “Cree en Jesús y serás salvo” a la espalda. Había otras frases parecidas. Con pancartas en nuestras manos desfilábamos cantando por las calles. Aquellos que nos veían se maravillaban y, como resultado, muchas personas venían a las reuniones. Marchábamos de esta manera todos los días, y cada día la gente venía a escuchar el evangelio, en tal cantidad que llenaban todos los asientos, la cocina y las afueras del techado.

Habíamos alquilado algunas sillas para la reunión, pero sólo por dos semanas, después de las cuales teníamos que devolverlas porque no teníamos más dinero. Como no podíamos suspender las reuniones, anuncié que todo el que quisiera asistir a las reuniones debía traer su propia silla. Aquella tarde se vio desfilar por toda la colina de Tsang Chien a muchas personas, viejos y jóvenes, muchachos y muchachas, cargando sillas. Aun los policías estaban asombrados ante tal escena.

Agradezco al Señor porque, mediante Su bendición especial, unos cuantos centenares de personas fueron salvos. En aquella ocasión se estableció claramente el cimiento de la salvación. Por medio de aquellas reuniones y la predicación de nuestros hermanos en diversos lugares, muchos llegaron a entender este tema.

Alquilar un local para las reuniones

Después de haber tenido reuniones por un mes, algunos de nuestros hermanos jóvenes tuvieron el sentir de que debíamos conseguir un lugar apropiado para reunirnos. Pero debido a que carecíamos de dinero, no podíamos hacerlo. Fui a la universidad para conversar al respecto con los hermanos Faithful Luke, Simon Meek y Wang Tsi; acordamos que continuaríamos nuestra labor entre los estudiantes. Entonces, por primera vez, alquilé un salón. Los dueños eran la familia Ho, una familia que había sido salva. Ellos estuvieron de acuerdo en alquilarme el lugar por nueve dólares al mes. Luego, oramos con varios hermanos, pidiéndole a Dios que nos suministrara los tres meses de renta que debíamos abonar por adelantado antes de mudarnos.

Cada sábado iba a Ma-Kiang, provincia de Fukien, a escuchar la predicación de la señorita Margaret Barber. Esta vez, cuando la vi, me dijo: “Aquí tienes

veintisiete dólares que un amigo me dio para tu obra”. Esta suma era exactamente lo que necesitábamos para pagar los tres meses de alquiler, los cuales pagué sin dilación. Posteriormente, oramos otra vez, y el Señor nos proveyó nuevamente. Así comenzó la obra en Fuchow.

El avivamiento de muchos creyentes

Nunca vi un avivamiento tan grande como ése. Todos los días se salvaban personas. Parecía que todo el que tuviera algún contacto con nosotros era salvo de inmediato. Cuando yo iba a la universidad, a las cinco de la mañana, veía a muchas personas —más de cien— por todo el plantel leyendo la Biblia. En esos días había estado de moda leer novelas, pero aquellos que querían leerlas ahora lo hacían a escondidas; en cambio, la lectura de la Biblia se convirtió en una actividad honorable. Teníamos ocho clases, cada una con un prefecto titular y un prefecto delegado. Asombrosamente, los prefectos de casi todas las clases fueron salvos. Hasta los atletas destacados habían sido salvos, entre los cuales estaba el hermano Weigh Kwang-hsi, quien había sido campeón de tenis de la provincia de Fukien por varios años. El director de la escuela nos admiraba por todo lo que hacíamos pero lamentaba nuestra actitud hacia la Iglesia Anglicana, de la cual él era miembro, ya que nosotros nos rehusábamos a pertenecer a esa denominación.

Diariamente, más de sesenta personas desfilaban en procesión enarbolando pancartas, y unas cuantas docenas circulaban por las calles distribuyendo folletos. Todo el pueblo de Fuchow, cerca de cien mil personas, fue sacudido.

Muchos de los hermanos fueron bautizados inmediatamente después de ser salvos. Por esos días comenzamos a reunirnos conforme a las Escrituras. Así comenzaron las reuniones en Fuchow. Posteriormente, el número de creyentes aumentó y se dio inicio a la obra en las villas circunvecinas.

Un nuevo comienzo en la obra

Entre 1921 y 1923 se llevaban a cabo reuniones de avivamiento para guiar a las personas al Señor. En ese entonces se creía que la predicación del evangelio era la única labor que se debía realizar para Dios. Pero El abrió mis ojos y me mostró que Su propósito requiere que quienes han sido salvos por gracia se reúnan firmes como iglesia sobre el terreno local de la unidad, a fin de representar y mantener el testimonio de Dios en la tierra. Algunos de mis colaboradores tenían puntos de vista divergentes respecto de la verdad concerniente a la iglesia. Sin embargo, cuando estudié detalladamente el libro de Hechos, entendí que el deseo de Dios era establecer una iglesia local en cada ciudad. En aquel tiempo recibí una luz tan clara que reconocí que éste era Su propósito.

Al mismo tiempo que recibí esta luz, surgió un problema con algunos colaboradores que tenían distintas perspectivas en cuanto a aspectos importantes de nuestra labor, lo cual produjo fricciones entre nosotros. Ellos afirmaban que debíamos tener celo en predicar el evangelio y traer avivamientos y que el fruto de dicha labor se vería fácilmente. Sin embargo, mi punto de vista era el de establecer iglesias locales dando menos prioridad a los avivamientos y a la predicación. Cuando un colaborador, el de más edad, salía a celebrar reuniones evangelísticas —lo cual hacía frecuentemente— me sentí tentado varias veces a ir secretamente a realizar reuniones similares por mi propia cuenta, pero en lugar de hacer eso, cuando este colaborador se ausentaba yo actuaba conforme a la visión que había recibido. A su retorno, él deshacía lo que yo había hecho y laboraba conforme a su concepto. Pero cuando él se ausentaba otra vez, yo regresaba a lo hecho previamente. A consecuencia, oscilábamos en este aspecto. Debido a que la luz que cada uno de nosotros había recibido con respecto a la obra era diferente, nuestra manera de trabajar también era diferente. Uno seguía el camino del avivamiento y la evangelización, y el otro el de establecer iglesias locales. Lo que el Señor me había revelado estaba bien claro: después de poco tiempo, El habría de establecer iglesias locales en varias áreas de China. Cuando cerraba mis ojos, la visión del nacimiento de las iglesias locales aparecía ante mí. [Nota del editor: en 1949, se habían establecido unas cuatrocientas o quinientas iglesias locales en China].

En 1924, debido a que algunos obreros no estaban satisfechos conmigo, Dios permitió que la iglesia en Fuchow fuera puesta a prueba. Con el fin de evitar una división, me fui de esa ciudad. Posteriormente, recibí una invitación a ir al sudeste de Asia; así que fui y también comenzamos a tener reuniones allá. En mayo de 1925 regresé al área de Fuchow y alquilé un lugar en Pagoda, una villa pequeña cerca del mar, con la intención de radicarme allí. Tuve el sentir de que debíamos publicar una revista que se centrara en las verdades concernientes a la salvación y a la iglesia y que, además, tratara temas sobre profecía y tipología. Mi intención original para esta revista, publicada luego con el título *El cristiano*, era que tuviera carácter temporal. En 1925 se publicaron dos números; en 1926, diez; y en 1927, debido a la demanda continua, publicamos doce números.

En la primera mitad de 1926 visité Amoy, Kulangsu, Changchow y Tung-An para dar testimonio, y muchas personas fueron salvas. Durante la segunda parte del año, regresé a los mismos lugares. Esta vez me encontraba muy cansado, pues tenía que conducir reuniones, escribir artículos y contestar la correspondencia. Para ese entonces ya estaba algo indispuerto. Se había planeado tener diez días de reuniones, pero al noveno día me enfermé. Otro obrero vino y continuó la obra unos cuantos días. Durante la segunda mitad de 1926 comenzó la obra al sur de Fukien, con reuniones en Amoy, Tung-An y los distritos aledaños.

Algunos médicos me dijeron que probablemente había contraído una enfermedad fatal mientras estaba en Amoy y que isólo me quedaban unos meses de vida! No le tenía temor a la muerte, pero no podía dejar de pensar que no estaba escrito nada de lo que había aprendido del Señor ni de las lecciones que había experimentado durante los años anteriores. Ciertamente, ino debería llevarme todo eso a la tumba! Así que me propuse escribir *El hombre espiritual*.

Cuando llegué a Nanking supe que un grupo de hermanos y hermanas cimentados sobre el terreno local de unidad de la iglesia se reunían a partir el pan; así que, naturalmente me uní a ellos para hacer memoria del Señor. El hermano Weigh Kwang-hsi, un excompañero de clase, se hallaba entonces estudiando en la Universidad de Nanking. Por intermedio de él, fui a la universidad a predicar unos mensajes, y al mismo tiempo fueron restaurados dos hermanos, a quienes les permitimos participar de la mesa del Señor. Este fue el comienzo de nuestra labor en Nanking.

Con el fin de dedicarme a escribir *El hombre espiritual*, salí pronto de Nanking y fui a la campiña de Wusih, donde escribí las primeras cuatro secciones. En marzo de 1927 hubo algunas incursiones militares en Nanking y, como era imposible comunicarse con los hermanos y hermanas en diversos lugares, dejé la campiña y fui a Shanghai. Al llegar, supe que muchos hermanos y hermanas estaban llegando de varios lugares. Antes de mi llegada a Shanghai ya se habían celebrado reuniones de partimiento de pan en la casa de la hermana Pearl Wang, ubicada en Hsin's Garden. Cuando hubimos llegado todos, se trasladó el lugar de reunión a Keng Ching Lane, y se comenzó en Shanghai la Librería Evangélica.

A fines de 1927 teníamos reuniones de oración todos los días. Los creyentes de Ping-Yang y sus alrededores, al norte del río Yangtze, quienes habían sido ayudados por nuestros testimonios escritos, comenzaron a escribirnos. Al ver que ellos estaban listos para ser instruidos, y que los creyentes de China tenían la misma necesidad, contemplamos la posibilidad de llevar a cabo reuniones especiales para ellos. En enero de 1928 alquilamos un salón en Wen-teh Lane, sobre la calle Hardoon en Shanghai, y el primero de febrero comenzamos dichas reuniones. El tema central de los mensajes era el propósito eterno de Dios y la victoria de Cristo, y no hicimos mención de asuntos problemáticos tales como la verdad concerniente a la iglesia. Hubo de veinte a treinta hermanos y hermanas procedentes de otros lugares, pero Dios los iluminó y les permitió ver cómo debían andar en el camino de vida. Ellos resolvieron entre sí problemas relacionados con el bautismo, con salir de las denominaciones y con asuntos similares. En los cuatro años siguientes, hasta 1936, entre setecientos y ochocientos hermanos y hermanas fueron salvos o avivados en unas diez localidades al norte del río Yangtze. En aproximadamente el mismo número de

ciudades de Ping-Yang y Tai-shun y sus alrededores, cerca de cuatro mil personas fueron salvas o avivadas. Toda esta obra fue efectuada por el Señor, quien había preparado el campo por muchos años para que esto aconteciera.

Después de que nos trasladamos a Wen-teh Lane en 1928, se decidió continuar publicando *El testimonio actual* debido a que ya no se publicaba *El cristiano*. En 1930 se publicaron las *Anotaciones sobre mensajes bíblicos*.

Durante aquellos pocos años en Shanghai, nuestra meta era que la gente siguiera al Señor mismo, la enseñanza de las Escrituras y la dirección del Espíritu Santo. No esperábamos, ni debíamos haber esperado, que nadie se entregara a nosotros, pues no éramos exclusivistas ni nos considerábamos los únicos que estaban en lo correcto. Nuestro único deseo era ser fieles hasta el fin. Para entonces había escrito *El hombre espiritual* cuando estuve enfermo; y al finalizar dicho libro, mi salud había empeorado al grado que estaba postrado en cama prácticamente todo el tiempo. Dado que la morada terrenal de mi tabernáculo estaba a punto de desplomarse, nada importante ocurrió durante mis primeros años en Shanghai. Fue durante los próximos dos años que las cosas comenzaron a suceder. En 1931 se llevaron a cabo nuevamente unas reuniones especiales cuyos temas principales eran: el Nuevo Testamento y la sabiduría de Dios. En estas reuniones estuvieron presentes más hermanos y hermanas de otros lugares.

DIOS ES MI SANADOR

En 1924, cuando me di cuenta de que estaba enfermo, sentía dolor en el pecho, estaba débil y tenía una ligera fiebre. No sabía qué me pasaba. El doctor H. S. Hwang me dijo: “Sé que usted tiene fe y que Dios puede curarlo, pero permítame examinarlo y diagnosticar su enfermedad”. Después del examen, él habló con el hermano Wong Teng-ming por largo tiempo en voz muy baja. Al principio, a pesar que yo les pregunté, ellos no me querían informar de los resultados; pero cuando les dije que no tenía temor, el doctor Hwang me informó que sufría de tuberculosis y que mi condición era tan seria que necesitaba tomar un descanso prolongado.

Aquella noche no pude dormir; no quería encontrarme con el Señor sin haber concluido mi labor. Me sentía muy deprimido. Decidí ir a la campiña a descansar y a tener más comunión con el Señor. Le pregunté: “Señor, ¿cuál es Tu voluntad para mí? Si deseas que cese de vivir, no temo la muerte”. Por medio año no pude entender la voluntad del Señor, pero había gozo en mi corazón y tenía la certeza de que el Señor no podía equivocarse. Las muchas cartas que recibí durante ese tiempo no me comunicaban aliento ni consuelo, sino que me reprendían por haber trabajado demasiado y por no haber cuidado mi salud.

Inclusive, un hermano me reprochó citando Efesios 5:29: “Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida con ternura, como también Cristo a la iglesia”. El hermano Cheng Chi-kwei de Nanking me invitó a su casa, donde podría descansar y también ayudarlo a traducir el curso bíblico por correspondencia del doctor C. I. Scofield. En aquel tiempo, unos treinta hermanos y hermanas vinieron a verme, y hablé con ellos con respecto a la iglesia. Comprendí que la mano de Dios estaba sobre mí con el propósito expreso de hacerme volver a mi primera visión; de otra manera, habría tomado la senda de un predicador que fomenta avivamientos.

Pasaban los días sin que mi tuberculosis fuera sanada. Aunque me esforzaba por escribir y por estudiar la Biblia, lo encontraba extremadamente agotador. Tenía una leve fiebre todas las tardes y no podía dormir en las noches, durante las cuales sudaba frecuentemente. Cuando se me aconsejó que descansara más, respondí: “Temo que vaya a descansar a tal grado que me atrofie por completo”. Sentía que aun cuando era posible que no viviera por largo tiempo, debía creer que Dios habría de aumentar mis fuerzas y que debía trabajar para El. Le pregunté al Señor si yo ya había concluido todo lo que me había encomendado. Le pedí que guardara mi vida para poder realizar lo que El quisiera; de lo contrario, sabía que no había nada en la tierra por lo cual valiera la pena vivir. Por un breve tiempo me pude levantar, pero después ni eso podía hacer. En una ocasión se me pidió que condujera una reunión evangelística; así que me esforcé por levantarme y le pedí al Señor que me fortaleciera. Mientras caminaba a la reunión, tenía que apoyarme en los postes de luz cada cierto trecho para descansar. Cuando me apoyaba a cobrar fuerzas, le decía al Señor: “Vale la pena morir por Ti”. Algunos hermanos supieron que yo había hecho esto y me reprendieron por no cuidar de mi salud. Les respondí que amaba a mi Señor y que daría mi vida por El.

Después de orar durante más de un mes, sentí que debía escribir un libro acerca de lo que había aprendido ante Dios. Mi concepto había sido que una persona sólo podía escribir libros después de viejo, pero cuando recordaba que podría dejar esta tierra, sentía que debía comenzar a escribir. Alquilé un pequeño cuarto en Wusih, provincia de Kiangsu, donde me encerré y pasé mis días escribiendo. En aquel tiempo mi enfermedad había empeorado tanto que no podía ni acostarme. Mientras escribía me sentaba en una silla con respaldo alto y apretaba mi pecho contra el escritorio para aliviar el dolor. Satanás me decía: “Ya que pronto vas a morir, ¿por qué no morir cómodamente en lugar de fallecer agobiado por el dolor?” Yo le respondía: “El Señor me quiere así como estoy, ¡vete de aquí!” Me llevó cuatro meses completar los tres tomos de *El hombre espiritual*. Escribir este libro fue una verdadera labor que me costó sangre, sudor y lágrimas. Perdí en ocasiones la esperanza de vivir, pero la gracia de Dios me sacó adelante. Cada vez que terminaba una sesión de redacción, me

decía a mí mismo: “Este es el último testimonio que dejo a la iglesia”. Aunque escribía en medio de todo tipo de dificultades y sufrimientos, sentía que Dios estaba muy cerca de mí. Algunos sentían que Dios me estaba maltratando. El hermano Cheng me escribió diciendo: “Te estás forzando en extremo y un día lo lamentarás”. Le respondí: “Amo a mi Señor y he de vivir sólo para El”.

Escribí *El hombre espiritual* durante mi prolongada enfermedad. Cuando el manuscrito estaba listo, se requerían cerca de cuatro mil dólares para publicarlo. Como no teníamos los medios, le pedí a Dios que supliera esta necesidad. Sólo cuatro colaboradores sabían de este asunto. Al poco tiempo el Señor proveyó cuatrocientos dólares, e hicimos un contrato con una imprenta para que se iniciara la publicación del libro. Acordamos que si no pagábamos los plazos, no sólo perderíamos la cuota inicial de cuatrocientos dólares sino que se nos multaría por no cumplir el contrato. Así que oramos en unanimidad por este asunto. Yo todavía estaba confinado a mi lecho. El Señor siempre proveyó lo necesario para pagarle al impresor cuando venía a cobrar la cuota. Al ver que habíamos pagado a tiempo, el dueño de la imprenta dijo: “Sólo las personas de la iglesia abonan sus pagos tan puntualmente”.

Después de que se publicó el libro, oré así: “Permite ahora, Señor, que Tu siervo parta en paz”. Mi enfermedad empeoró, no podía dormir tranquilo durante la noche y cuando despertaba, daba vuelta en la cama incesantemente. Físicamente, era un costal de huesos, tenía sudores nocturnos y me puse afónico. La gente tenía problemas para escucharme, aun cuando acercaban sus oídos a mi boca. Varias hermanas se turnaban para cuidarme, entre ellas una enfermera experimentada que lloraba cada vez que me veía. Ella dio testimonio diciendo: “He visto muchos pacientes, pero nunca uno en una condición tan lamentable. Temo que sólo podrá vivir unos tres o cuatro días más”. Cuando me relataron lo que ella dijo, respondí: “Sea éste mi fin. Ya veo que moriré pronto”. Un hermano telegrafió a las iglesias en varios lugares diciéndoles que no había más esperanza para mí y que no era necesario que oraran más por mí.

Un día le pregunté a Dios: “¿Por qué me llamas tan pronto?” Le confesé mis transgresiones, temiendo haber sido infiel en algún aspecto. Además, le dije que no tenía fe. Aquel mismo día me entregué a la oración y al ayuno, y me consagré a El una vez más. Le dije que no haría nada excepto lo que El me asignara. Ayuné desde la mañana hasta las tres de la tarde. Al mismo tiempo los colaboradores oraban intensamente por mí en casa de la hermana Ruth Lee. Mientras oraba a Dios pidiéndole que me concediera fe, El me habló Sus palabras, las cuales nunca podré olvidar. La primera afirmación fue: “El justo por la fe vivirá” (Ro. 1:17). La segunda frase fue: “Por la fe estáis firmes” (2 Co. 1:24). La tercera fue: “Por fe andamos” (2 Co. 5:7). Estas palabras me llenaron de gran gozo, pues la Biblia dice: “Todo es posible para el que cree” (Mr. 9:23).

Inmediatamente agradecí a Dios, lo alabé por haberme dado Sus palabras y creí que me había sanado.

La prueba vino de inmediato. La Biblia dice: “Por la fe estáis firmes”, pero yo todavía estaba postrado en la cama. Surgió un conflicto en mi mente: ¿debía incorporarme y ponerme de pie o debía permanecer acostado? Sabemos que los seres humanos se aman a sí mismos y les es más cómodo morir en cama que de pie. Entonces, la palabra de Dios manifestó su poder y, sin importarme nada más, me vestí con ropa que no había usado en ciento setenta y seis días. Mientras dejaba mi lecho para ponerme de pie, sudé tan profusamente que parecía como si me hubiese empapado bajo la lluvia. Satanás me dijo: “¿Estás tratando de ponerte de pie cuando ni siquiera puedes sentarte?” Le repliqué: “Dios me dijo que me pusiera de pie”, y me puse de pie. Sudando frío, casi me caí, pero seguía repitiendo: “¡Por la fe estáis firmes! ¡Por la fe estáis firmes!” Luego caminé unos pasos para ponerme el pantalón y los calcetines, y me senté. En ese momento, la palabra de Dios vino a mí diciéndome que no sólo debía estar firme por la fe sino que también debía andar por la fe. Sentía que ya había sido asombroso poder levantarme y dar unos pasos para ponerme el pantalón y los calcetines. ¿Cómo podría esperar caminar más lejos? Le pregunté a Dios: “¿A dónde deseas que vaya?” El me respondió: “Ve a la casa de la hermana Lee en el número 215”. Allí un grupo de hermanos y hermanas había estado orando y ayunando por mí durante dos o tres días.

Pensé que quizás podía caminar en el cuarto, pero ¿cómo podría descender por las escaleras? Oré a Dios: “¡Oh Dios, puedo estar de pie firme por la fe, y por la fe también puedo bajar las escaleras!” De inmediato fui a la puerta que llevaba a las escaleras y la abrí. Les digo francamente que, estando de pie al frente de las escaleras, me parecían que éstas eran las más grandes que había visto en mi vida. Le dije a Dios: “Si Tú me dices que camine, así lo haré, aunque muera en el intento”. Añadí: “Señor, no puedo caminar. Te ruego que me sostengas con Tu mano”. Apoyándome en la baranda con una mano, descendí paso a paso. Otra vez estaba empapado en sudores fríos, y mientras descendía por las escaleras continuaba clamando: “¡Por fe andamos! ¡Por fe andamos!” En cada peldaño oraba: “Oh Señor, eres Tú quien me hace caminar”. Mientras descendía por esos veinticinco peldaños, me parecía estar caminando mano a mano con el Señor en fe.

Al llegar al final de las escaleras, me sentí fuerte y fui rápidamente a la puerta trasera. Abrí la puerta y fui directamente a la casa de la hermana Lee. Le dije al Señor: “De ahora en adelante, viviré por fe y nunca más seré un inválido”. Toqué la puerta tal como Pedro lo hizo en Hechos 12:12-17, pero sin que Rode la abriera. Cuando la puerta se abrió y entré a la casa, siete u ocho hermanos y hermanas me miraron fijamente sin proferir palabra ni hacer movimiento

alguno. Por cerca de una hora todos permanecieron quietos en sus asientos como si Dios hubiese aparecido entre los hombres. Yo estaba allí lleno de agradecimiento y alabanza. Entonces, les relaté todo lo que me había sucedido en el transcurso de la sanidad que recibí por gracia. Llenos de gozo y jubilosos en espíritu, todos alabamos a Dios en voz alta por Su obra maravillosa. Aquel mismo día alquilamos un vehículo para ir a Kiang-Wan, en los suburbios de la ciudad, a visitar a la conocida evangelista Dora Yu. Ella se sorprendió grandemente al verme, pues recientemente había recibido noticias de mi inminente deceso. Cuando aparecí, me vieron como alguien que había sido levantado de entre los muertos. Aquella fue otra celebración de gratitud llena de gozo y alabanzas al Señor. El domingo siguiente hablé desde la plataforma por tres horas.

Hace cuatro años leí un aviso en el periódico con respecto al remate de una casa y su mobiliario pertenecientes a un famoso doctor alemán que había fallecido, y fui allí. Cuando hice las averiguaciones del caso me enteré de que este doctor me había tomado unas placas de rayos X hacía años. El había tomado tres placas y me había desahuciado. Cuando le pedí que tomara otra placa, me dijo que no era necesario y me mostró las placas de otra persona, diciéndome: “La condición de esta persona era mejor que la suya y, sin embargo, murió en su hogar dos semanas después que se tomaron los rayos X. No venga a verme más, pues no quiero quitarle su dinero”. Al escuchar esto, me fui a casa muy desalentado. Cuando descubrí en el remate que este doctor era el mismo que me había tomado las placas de rayos X hacía años, levanté mis manos en alabanza al Señor y dije: “Este médico falleció. El había dicho que yo moriría pronto, pero él fue el que murió. El Señor me ha mostrado Su gracia”. Cubierto por la sangre del Señor, dije: “Este doctor, quien era más fuerte que yo, murió; pero yo fui sanado por el Señor y aún vivo”. En aquel día compré muchas cosas de su casa a modo de memorial.

DIRECCION PARA LA OBRA

Desde la época en que estaba postrado en cama por la enfermedad hasta que Dios me sanó, se me estaba mostrando con claridad qué clase de labor Dios deseaba que yo hiciera. Esta obra consta de los cuatro aspectos siguientes:

Labor literaria

Antes de enfermarme, no sólo visité diversos lugares para conducir reuniones especiales, sino que también anhelaba escribir un buen comentario que abarcara toda la Biblia. Era mi intención invertir mucha energía, tiempo y dinero en la redacción de un comentario voluminoso que constaría de unos cien tomos. Después de escribir *El hombre espiritual*, el cual comencé en Nanking cuando estaba enfermo, me di cuenta de que la tarea de exponer las Escrituras

no era para mí. Aún así, desde aquella vez frecuentemente me he enfrentado a la tentación de emprender dicha labor. Después de mi enfermedad, Dios me reveló que el tema central de los mensajes que El me dio no era el de exponer las Escrituras, predicar el evangelio común, prestar atención a las profecías ni ningún otro asunto externo, sino el de centrarme en la palabra de vida. Por este motivo, tuve el sentir de que debía volver a publicar *El testimonio actual* para ayudar a los hijos de Dios en la vida y la guerra espirituales. Cada era tiene una verdad única que es especialmente necesaria para ese tiempo. Para los que vivimos en los últimos días, también debe haber una verdad que necesitamos de manera especial. Por medio de *El testimonio actual* se presentó el testimonio en cuanto a la verdad de la era presente. Estoy profundamente convencido que el presente es un período de preparación. Los hijos de Dios han de ser cosechados, pero primero tienen que madurar (Mr. 4:29). El tiempo de que seamos arrebatados ya se ha cumplido; el interrogante crucial que queda es si la iglesia está preparada o no. La meta de Dios hoy es apresurar la edificación del Cuerpo de Su Hijo, el cual es la iglesia. Como dicen las Escrituras: “Para santificarla, purificándola por el lavamiento del agua en la palabra, a fin de presentársela a Sí mismo, una iglesia gloriosa” (Ef. 5:26-27), con miras a que el enemigo sea destruido rápidamente a fin de que venga el reino. Bajo la mano del Señor espero humildemente participar en esta obra, aunque sea en una pequeña medida. Todo lo que he escrito tiene la única meta de que los lectores se entreguen por completo a Dios, en la nueva creación, y lleguen a ser útiles en Sus manos. Ahora, de todo corazón, confío mis escritos, mis lectores y mi propio ser, a Dios, quien guarda por siempre a los hombres, y espero que Su Espíritu me guíe a todas Sus verdades.

Celebrar reuniones de vencedores

Dios me ha mostrado que en cada iglesia local deberá ser levantado un grupo de vencedores (como aquellos que se mencionan en Apocalipsis 2 y 3) que serán los testigos del Señor. Por esta razón, cada año hemos tenido una conferencia para vencedores con el fin de impartir fielmente los mensajes que Dios me ha dado.

Edificar las iglesias locales

Cuando el Señor me llamó a servirle, el objetivo principal no era que yo celebrara reuniones de avivamiento para que las personas pudieran escuchar más doctrinas bíblicas ni que yo llegara a ser un gran evangelista. El Señor me reveló que El quería edificar iglesias locales en muchas ciudades para manifestarse a Sí mismo, a fin de dar testimonio de la unidad que se apoya en la terreno de la localidad de modo que cada santo pudiera funcionar en la iglesia y experimentar la vida de iglesia. Dios no quiere solamente individuos que van en

pos de la victoria o de la espiritualidad, sino una iglesia corporativa y gloriosa para presentársela a Sí mismo.

Entrenar a los jóvenes

Si el Señor demora Su regreso, será necesario levantar un grupo de jóvenes que continúe el testimonio y la obra para las futuras generaciones. Muchos colaboradores han orado respecto de esto con la esperanza de proveer un lugar adecuado que sirva para adiestrar a los jóvenes. Mi intención no es comenzar un seminario ni un instituto bíblico, sino que los jóvenes permanezcan juntos para experimentar la vida del Cuerpo y practicar la vida espiritual. En tal lugar, ellos recibirán adiestramiento con el propósito de ser edificados aprendiendo a leer las Escrituras, a orar y a formar un carácter apropiado. Por un lado, el entrenamiento servirá para que aprendan a darle fin al pecado, al mundo, a la carne y a la vida natural. A su debido tiempo, los jóvenes regresarán a sus respectivas iglesias en diversos lugares para ser entrelazados con otros santos a fin de servir al Señor en la iglesia. He adquirido una propiedad de más de diez acres en Chenru, en las afueras de Shanghai. Ya está en progreso el plan para edificar en ese sitio, y dentro de poco tiempo, los jóvenes podrán ir allá para ser entrenados.

En el futuro, mi carga personal y mi labor en general han de incluir estos cuatro aspectos. Que toda la gloria sea para el Señor. No tenemos nada en nosotros mismos, y aunque hayamos hecho algo, reconocemos que somos siervos inútiles

CAPITULO TRES

EL TERCER TESTIMONIO (20 DE OCTUBRE DE 1936)

Lectura bíblica: Hechos 26:29

VIVIR UNA VIDA DE FE

Habiendo dado ya dos testimonios, no tenía la intención de añadir nada más, pero mientras oraba me pareció que el Señor deseaba que testificara una vez más. Aquellos que me conocen saben que rara vez hablo de mis asuntos personales. He observado que las personas frecuentemente abusan de los testimonios de otros, propagándolos como si fueran noticias. También es cierto que algunos testimonios son exagerados. La experiencia que Pablo tuvo en el tercer cielo sólo fue divulgada catorce años después. Con respecto a muchos testimonios de índole espiritual, es preferible que transcurra un buen tiempo antes de difundirlos. Muchos, sin embargo, los proclaman a los catorce días, no después de catorce años.

En cuanto al dinero

El tema del dinero puede ser un problema pequeño o grande. Cuando comencé a servir al Señor, estaba algo preocupado en cuanto a mi sustento. De haber sido un predicador de una denominación, habría recibido un salario mensual. Pero dado que andaría en el camino del Señor, tendría que confiar solamente en El para la provisión de mi sustento personal y no en un salario mensual. En los años 1921 y 1922 eran muy pocos los predicadores en China que dependían exclusivamente del Señor. Era difícil encontrar siquiera dos o tres que lo hicieran, pues la gran mayoría de predicadores recibían salarios. En aquel tiempo muchos predicadores no tenían el atrevimiento de dedicarse de tiempo completo a servir al Señor, pues pensaban que si no recibían un salario, no podrían sobrevivir. Yo también pensaba así. Actualmente [1936] en China hay aproximadamente cincuenta hermanos y hermanas en comunión con nosotros que dependen exclusivamente del Señor para su sustento diario. Tal situación es más común ahora que en 1922. Además, hoy los hermanos y hermanas en varios lugares cuidan de los obreros más que antes. Creo que dentro de unos diez años, los hermanos y hermanas mostrarán aún más interés por proveer para las necesidades de los siervos del Señor. Pero esto era escaso hace diez años.

Declarar a mis padres mi deseo de vivir por fe

Ya les conté que después de ser salvo continué mis estudios al mismo tiempo que laboraba para el Señor. Una noche hablé con mi padre acerca de recibir ayuda económica y le dije: “Después de orar por varios días, creo que debo decirle que ya no gastaré su dinero. Agradezco que haya gastado tanto en mí por su responsabilidad paterna. Pero usted esperará que en el futuro yo gane dinero y le retribuya sosteniéndolo a usted; así que debo decirle de antemano que como me dedicaré a predicar, no podré ayudarle en el futuro ni pagarle lo que ha hecho por mí. Aunque no he completado mis estudios, deseo aprender a depender exclusivamente de Dios”. Cuando le dije esto, mi padre pensó que yo estaba bromeando. Pero desde entonces, cuando en algunas ocasiones mi madre me daba unos cinco o diez dólares, ella escribía en el sobre: “Para el hermano Nee To-sheng”. Ella no me daba el dinero en calidad de madre, sino como una hermana en el Señor.

Después de hablar así con mi padre, el diablo vino a tentarme diciéndome: “Semejante acto es muy peligroso. Supón que un día no seas capaz de sostenerte y nuevamente acudas a tu padre a pedirle dinero. ¿No sería aquello una vergüenza? Has hablado con tu padre prematuramente; debiste haber esperado a tener más éxito en tu obra, hasta que muchas personas fueran salvas y tuvieras más amigos, antes de comenzar a vivir por fe”. Pero yo doy gracias al Señor,

porque desde que le expresé a mi padre la decisión de no recibir su apoyo financiero, nunca le he pedido dinero.

ESPERAR EN DIOS PARA MI SOSTENIMIENTO AL LABORAR

Hasta donde yo sé, la hermana Dora Yu era la única predicadora en aquel tiempo que no recibía salario y dependía exclusivamente de Dios para su sustento. Ella era mi hermana espiritual de más edad y nos conocíamos bien. Ella tenía muchos amigos, tanto chinos como extranjeros, y el campo donde desarrollaba su labor era muy amplio debido a que predicaba en muchos lugares. Pero mi situación era la opuesta: eran pocos los que me apoyaban, por lo cual padecí muchas dificultades. Aun así, cuando acudía al Señor, El me decía: “Si no puedes vivir por fe, no puedes laborar para Mí”. Yo sabía que necesitaba una obra viva y una fe viva para servir al Dios vivo. Cierta vez, cuando sólo tenía diez dólares en mi billetera que pronto habrían de agotarse, recordé a la viuda de Sarepta, quien solamente tenía un puñado de harina en la tinaja y un poco de aceite en una vasija (1 R. 17:12). Ella no tenía dos puñados de harina. No sé con qué medios Dios la sustentaría, pero sé que El tuvo los medios para hacerlo.

En 1921 fui con dos colaboradores a un lugar de la provincia de Fukien a predicar, con la intención de ir luego a otro pueblo. Tenía sólo cuatro dólares en mi bolsillo, lo cual no alcanzaba para adquirir tres boletos de autobús. Pero, gracias al Señor, un hermano nos regaló los tres boletos.

En otra ocasión, en Kulangsu, al sur de la provincia de Fukien, me hurtaron el dinero que tenía en el bolsillo de modo que no me quedó con qué regresar a casa. Estábamos hospedados en una casa y predicábamos una vez al día en una pequeña capilla. Cuando terminamos y estábamos listos para partir, mis dos colaboradores tenían dinero para regresar pero yo no (en ese entonces cada uno de nosotros pagaba sus propios gastos). Me sentí incómodo cuando ellos tomaron la decisión de viajar al siguiente día, pero no quería pedirles dinero prestado. Esa noche oré a Dios, rogándole que proveyera el dinero para los gastos del viaje. Nadie sabía de esto. Aquella tarde algunas personas habían venido a hablar conmigo acerca de la Palabra, pero yo no tenía ánimo para ello. En ese momento el diablo vino a tentarme y a sacudir mi fe, pero yo tenía la firme convicción de que Dios no me desampararía. Yo era apenas un joven que recién me iniciaba en la empresa de servir al Señor por fe y aún no había aprendido la lección de vivir por fe. Continué orando a Dios aquella noche, pensando que quizás había hecho algo incorrecto. El diablo me dijo: “Puedes pedir a los colaboradores que compren tu boleto y luego pagarles cuando lleguen a la capital de la provincia”. No acepté esta sugerencia y continué

esperando en Dios. A la hora de partir, aún no tenía dinero. Empaqué mis maletas como de costumbre y contraté un *rickshaw* [Nota del traductor: especie de coche de dos ruedas, tirado por un hombre, usado para transportar a personas]. En aquel momento recordé la historia de un hermano que no tenía boleto de tren, pero unos minutos antes de que el tren partiera, Dios ordenó a alguien que le diera un boleto. Estábamos listos y abordamos los *rickshaws*. Yo tomé el último de los tres. Cuando el *rickshaw* había avanzado unos cuarenta metros, un anciano vestido de túnica larga vino gritando detrás de mí: “¡Señor Nee, por favor pare!” Ordené al *rickshaw* que se detuviera. El anciano me dio una ración de comida y un sobre, y se fue. Estaba tan agradecido por el cuidado provisto por Dios que mis ojos se llenaron de lágrimas. Cuando abrí el sobre, encontré cuatro dólares, que era exactamente lo que costaba el boleto de autobús. El diablo continuó hablándome: “¿Ves cuán arriesgado es esto?” Le respondí: “Es cierto que estaba preocupado, pero esto no es nada arriesgado, pues Dios suplió mi necesidad a tiempo”. Después de llegar a Amoy, otro hermano me dio un boleto con el cual pude regresar a casa.

En 1923 el hermano Weigh Kwang-hsi me invitó a predicar en Kien-ou, al norte de la provincia de Fukien. Tenía apenas quince dólares en mi bolsillo, un tercio del costo del viaje. Decidí partir el viernes por la noche y continué orando el miércoles y el jueves. Sin embargo, el dinero no llegó. Oré nuevamente el viernes por la mañana. No solamente no recibí ningún dinero, sino que también tuve el sentir interno de que debía darle cinco dólares a un colaborador. Recordé las palabras del Señor: “Dad, y se os dará”. Yo no había sido una persona que amara el dinero, pero aquel día en verdad amé el dinero y encontré extremadamente difícil ofrendar. Oré al Señor otra vez: “Oh Señor, si realmente quieres que dé estos cinco dólares, así lo haré”; pero todavía me encontraba renuente. Pensé, engañado por Satanás, que después de orar no tendría que dar esa ofrenda. Aquella fue la única ocasión en la que derramé lágrimas a causa del dinero. Finalmente, obedecí al Señor y le di los cinco dólares a aquel colaborador. Después de hacerlo, me llenó un gozo celestial. Cuando el colaborador me preguntó por qué le había dado el dinero, respondí: “No necesitas preguntar; lo sabrás más tarde”.

El viernes por la noche me preparé para comenzar mi viaje. Le dije a Dios: “Quince dólares eran insuficientes, y Tú quisiste que regalara cinco. ¿No es la cantidad que tengo ahora más inadecuada aún? No sé cómo orar”. Decidí ir primero a Shui-kow en barco de vapor y después a Kien-ou en una lancha de madera. Gasté muy poco en el viaje a Shui-kow. Cuando el barco de vapor llegaba a su destino, tuve el sentir de que tendría mejores resultados si no oraba conforme a mi concepto. Así que le dije al Señor: “No sé cómo orar; por favor hazlo Tú por mí”. Añadí luego: “Si no me das el dinero, por favor provéeme de un barco que cobre una tarifa reducida”. Cuando llegué a Shui-kow, muchos

lancheros vinieron a ofrecer sus servicios, y hubo uno que sólo pidió siete dólares por el viaje. Este precio estaba muy por debajo de cualquier expectativa, pues la tarifa usual era varias veces esta cantidad. Le pregunté al dueño de la lancha por qué su precio era tan reducido, y él me contestó: “Este barco ya fue contratado por un magistrado, pero me es permitido llevar en la popa un solo pasajero; así que no importa cuánto me pague. Pero usted tiene que traer su propia comida”. Inicialmente tenía quince dólares en mi bolsillo; después de darle cinco dólares al colaborador y gastar unos cuantos centavos en el barco de vapor, siete dólares por el viaje en la lancha de madera y como un dólar en comida, todavía tenía un dólar con treinta centavos al llegar a Kien-ou. ¡Gracias al Señor! Lo alabo porque El siempre prepara bien todas las cosas.

Después de que cumplí mi labor en Kien-ou y estuve listo para regresar a Fuchow, tuve el mismo problema; no tenía fondos para cubrir los gastos del viaje. Había decidido partir el lunes siguiente, así que continué orando hasta el sábado. Esta vez, sentía certeza en mi corazón al recordar que antes de venir a Fuchow Dios me había pedido que le diera cinco dólares a un colaborador, lo cual hice a regañadientes. En aquella ocasión leí Lucas 6:38: “Dad, y se os dará”, y me aferré a esta frase. Le dije a Dios: “Debido a que Tú dijiste esto, te ruego que me proveas del dinero necesario para cubrir los gastos de viaje conforme a Tu promesa”.

El domingo por la noche el señor Philips, un pastor británico, quien era un hermano genuinamente salvo y que amaba al Señor, nos invitó al hermano Weigh y a mí a cenar. Durante la cena el señor Philips me dijo que él y su congregación habían recibido una gran ayuda por mis mensajes y ofrecieron tomar la responsabilidad de pagar los gastos de mi viaje. Le respondí que alguien ya había tomado esa responsabilidad, refiriéndome a Dios. Entonces él dijo: “Cuando usted llegue a Fuchow, le haré llegar el libro *The Dynamic of Service* [La dinámica del servicio], escrito por el señor Padget Wilkes, un mensajero del evangelio a quien el Señor usó grandemente en Japón”. Pensé que había perdido una gran oportunidad, pues lo que yo necesitaba en ese entonces era el dinero para cubrir mis gastos de viaje y no un libro. En cierto modo, tuve remordimiento por no haber aceptado su oferta. Después de la cena el hermano Weigh y yo regresamos a casa juntos. Había rechazado la propuesta del señor Philips de pagar mis gastos de viaje con el fin de esperar ayuda exclusivamente de Dios; no obstante, había gozo y paz en mi corazón. El hermano Weigh no sabía de mi situación financiera; tuve el pensamiento fugaz de pedirle dinero prestado para cubrir mis gastos y después reembolsarlo cuando regresara a Fuchow, pero Dios no me permitió comunicarle esta necesidad. Tenía la convicción de que el Dios de los cielos es siempre fiel, y deseaba ver cómo El proveería para mis necesidades.

Cuando partí al día siguiente, tenía apenas unos dólares en mi bolsillo. Muchos hermanos y hermanas vinieron a despedirse, y algunos hasta cargaron mi equipaje. Mientras caminaba, oraba: “Señor, ciertamente Tú no me traerías hasta aquí sin llevarme de regreso”. A medio camino rumbo al muelle, el señor Philips envió a alguien con una carta. La carta decía: “Aunque alguien más haya tomado la responsabilidad de cubrir sus gastos de viaje, siento que debo participar en su labor aquí. ¿Sería posible que yo, un hermano anciano, tuviese tal oportunidad? Por favor, tenga la bondad de aceptar esta pequeña suma de dinero para dicho propósito”. Después de leer la carta, sentí que debía aceptar el dinero, y lo hice. No sólo fue suficiente para pagar mis gastos de viaje a Fuchow, sino también para imprimir una edición de *El testimonio actual*.

Al retornar a Fuchow, la esposa del colaborador que recibió los cinco dólares me dijo: “Me parece que cuando usted partió de viaje no tenía suficiente dinero. ¿Por qué le dio cinco dólares a mi esposo?” Le pregunté qué había ocurrido con respecto a los cinco dólares, y me dijo: “El miércoles nos quedaba en casa sólo un dólar, el cual ya habíamos gastado el viernes; por tanto, oramos todo el día. Entonces mi esposo tuvo el sentir de que debía salir a caminar y se encontró con usted, y usted le dio los cinco dólares, que nos duraron cinco días. Posteriormente, Dios nos proveyó por otro medio”. Ella continuó su relato con lágrimas: “Si usted no nos hubiera dado los cinco dólares aquel día, habríamos pasado hambre, lo cual en realidad no importaba, pero ¿dónde habría quedado la promesa de Dios?” Su testimonio me llenó de gozo. El Señor me usó a mí para suplir la necesidad de ellos con los cinco dólares. La Palabra del Señor ciertamente es fiel: “Dad, y se os dará”.

La lección que he aprendido en el transcurso de mi vida es que cuanto menos dinero tengo en mis manos, más Dios me dará. Esta es una senda difícil de seguir. Muchas personas se sienten capaces de vivir por fe; pero cuando viene la prueba, tienen temor. A menos que uno crea en el Dios vivo y verdadero, no le aconsejo que tome este camino. Puedo dar testimonio hoy de que Dios es el que provee. Todavía es posible ser sustentado por cuervos así como le sucedió a Elías. Les diré algo que quizás encuentren difícil de creer. En mi experiencia he visto que la provisión de Dios llega cuando he gastado mi último dólar. Tengo ya catorce años de andar en este camino, y en cada una de mis experiencias Dios ha querido obtener la gloria para Sí mismo. Dios ha provisto para todas mis necesidades y no ha fallado ni una sola vez. Los que solían dar, ya no lo hacen; hay un cambio constante de los que ofrendan, pues un grupo reemplaza a otro. Todo ello carece de importancia, pues el Dios que está en lo alto es un Dios vivo. ¡El nunca cambia! Les digo esto para que sigan rectamente en la senda de vivir una vida de fe. Podría contarles otros diez o veinte casos parecidos a estos.

En cuanto al tema de ofrendar dinero al Señor, uno debe separar una cantidad definida —ya sea una décima parte de los ingresos o la mitad— y ponerlo en las manos de Dios. Es posible que la viuda, en su ser natural, haya dado los dos leptos quejándose, pero de todos modos el Señor la alabó. Tenemos que ser un ejemplo para otros; no debemos temer, pues Dios no nos desampará. Debemos aprender a amar a Dios, creer en El y servirle como lo merece. ¡Debemos agradecerle y alabarle por Su inefable gracia! Amén.

Confiar en que Dios proveerá para la publicación de la literatura

Consciente de que algunas personas nunca entrarían a un local de reuniones para escuchar el evangelio, en 1922 comencé a imprimir folletos evangelísticos. El evangelio debe llegar a estas personas. Después de escribir los tratados, empecé a orar y pedir la provisión necesaria para cubrir los gastos de imprenta y distribución. Dios me dijo: “Si deseas que conteste tu oración, primero debes quitar todo impedimento”. El domingo siguiente prediqué sobre el tema “Quitar todo impedimento”. En aquel entonces muchos criticaban a la esposa de uno de mis colaboradores, una hermana que se reunía con nosotros. Cuando yo entré a la reunión para dar el mensaje, la miré e interiormente la critiqué juzgando que los demás tenían razón en criticarla. Al acabar la reunión, ella estaba de pie cerca de la puerta, y yo la saludé al salir del salón después de dar el mensaje. Luego, cuando nuevamente le suplicaba a Dios que cubriera los gastos de imprenta, diciéndole que había quitado todo obstáculo, El me dijo: “¿Qué me dices del mensaje que acabas de predicar? Tú has criticado a aquella hermana; ése es un obstáculo para la oración, el cual debes eliminar. Debes ir a ella y confesar tu culpa”. Le respondí: “No es necesario que confesemos a otros los pecados que están en nuestra mente”. Dios me respondió: “Sí, eso es cierto, pero tu caso es diferente”. Luego, cuando pensé en confesarle a ella y enfrentar el asunto, vacilé en cinco oportunidades. Aun cuando estaba dispuesto a confesar mi falta, me preocupaba que ella, quien siempre me había admirado, ahora me menospreciaría. Le dije a Dios: “Haré cualquier cosa que me pidas, pero no estoy dispuesto a confesarle a ella mi falta”. Continué pidiendo a Dios que cubriera los gastos de imprenta, pero El no escuchaba mis argumentos; al contrario, El insistía en que yo confesara. La sexta vez, por la gracia del Señor, le confesé a ella mi culpa. Con lágrimas en los ojos, ambos confesamos nuestras faltas y después nos perdonamos el uno al otro. Fuimos llenos de gozo y, desde entonces, nos amamos en el Señor aún más.

Poco después, el cartero me entregó una carta que contenía quince dólares. La carta leía: “Me gusta distribuir folletos evangelísticos y me sentí constreñido a ayudarle a imprimirlos. Por favor, acepte mi donación”. En cuanto fueron eliminados todos los impedimentos, Dios contestó mis oraciones. ¡Gracias al

Señor! Esta fue la primera vez que experimenté que Dios respondiera a mis oraciones con respecto a la impresión de las publicaciones. En aquel entonces repartíamos más de mil folletos por día. Se imprimían y se distribuían de dos a tres millones de folletos al año para abastecer a las iglesias en varios lugares. En los breves años después de comenzar la obra de literatura, Dios siempre respondió a mis oraciones y cubrió todas nuestras necesidades.

El Señor también quiso que publicara la revista *El testimonio actual* y que fuera distribuida sin cargo alguno. En aquel tiempo en China, todas las publicaciones de temas espirituales estaban a la venta; solamente la revista que yo publicaba era gratuita. El cuarto donde redactaba y editaba los manuscritos era bastante pequeño. Cuando terminábamos los artículos, los enviábamos a la imprenta. Cuando no había fondos disponibles, oraba a Dios pidiendo que enviara Su provisión para la impresión. Al observar lo que estaba haciendo, me reía, pues los manuscritos estaban siendo enviados a la imprenta sin contar con los fondos necesarios. Mientras viva, nunca olvidaré aquella vez cuando aún me estaba riendo y escuché a alguien tocar la puerta. Al abrirla, vi a una mujer de mediana edad que siempre venía a las reuniones pero por quien mi corazón sentía una frialdad inusual. Aunque ella era rica, amaba el dinero y trataba diez centavos como si fuesen un dólar. Me extrañé de que pudiera ser ella la que diera el dinero para imprimir la revista. Entonces, le pregunté el motivo de su visita, y me dijo: “Hace una hora, comencé a sentirme incómoda. Cuando oré a Dios, El me dijo que yo no parecía ser cristiana, porque nunca he hecho lo correcto en cuanto a ofrendar y amo el dinero demasiado”. Le pregunté a Dios qué deseaba que hiciera, y me dijo: “Debes ofrendar dinero para que sea usado en Mi obra”. Luego, ella tomó treinta dólares de plata y los puso sobre la mesa, diciéndome: “Gaste el dinero en lo que usted juzgue necesario”. Entonces, al ver la mesa, vi dos cosas: los manuscritos y el dinero. Le agradecí al Señor, sin decirle nada a ella. Ella se despidió, y yo fui de inmediato a hacer un contrato con la imprenta. El dinero que ella dio fue suficiente para imprimir mil cuatrocientos ejemplares de la revista. Otros dieron el dinero para los gastos de franqueo. Ahora imprimimos cerca de siete mil ejemplares de cada edición. Dios nos provee todos los fondos en el momento preciso de la manera que lo he relatado. Nunca le he pedido contribuciones a nadie. Ha habido ocasiones en que las personas me han rogado que les acepte el dinero. En todos estos asuntos siempre he esperado exclusivamente en el Señor.

ACEPTAR DINERO POR CAUSA DE CRISTO

Si uno fracasa al no tratar los asuntos monetarios adecuadamente, ciertamente fracasará en otros asuntos. Debemos esperar en Dios con una mente sencilla y nunca hacer nada que deshonre al Señor. Cuando las personas nos den dinero, lo aceptamos en el nombre de Cristo, y nunca debemos pedirles nada.

Agradezco a Dios que después de decirles a mis padres que no volvería a usar el dinero de ellos, aún así me fue posible estudiar dos años más. Aunque no sabía de dónde vendría mi sustento, Dios siempre proveía cuando se presentaba alguna necesidad. Algunas veces la situación parecía en extremo difícil, pero Dios nunca me desamparó. Con frecuencia ponemos nuestra confianza en las personas, pero Dios no desea que dependamos de otros. Debemos aprender la lección de gastar en la medida en que recibimos, y nunca ser como el mar Muerto, que recibe varios afluentes pero del cual no fluye ninguno. Debemos ser como el río Jordán, que recibe de sus afluentes y deja seguir la corriente. Los levitas del Antiguo Testamento se dedicaban exclusivamente a servir a Dios, y aún ellos debían ofrecer sus diezmos.

APENDICE

UNA CARTA DEL HERMANO WATCHMAN NEE AL COMPILADOR (10 DE MARZO DE 1950)

Querido hermano Weigh:

Por largo tiempo he pensado escribirle esta carta, pero lo había pospuesto por si mis pensamientos no estaban lo suficientemente maduros para hacerlo. Sin embargo, pienso que éste es el tiempo oportuno. Espero que humildemente lleve esto ante Dios.

Temo que las dificultades de las iglesias en Hong Kong y Cantón vayan a ser enormes, específicamente (a) entre los colaboradores y (b) en la iglesia. Espero que lo que voy a decir a continuación ayudará, por la gracia de Dios, a cambiar la situación allí.

(1) Aquellos que son líderes deben aprender a amar a los demás, a pensar en el bienestar de ellos, a cuidarlos, a negarse a sí mismos por causa de ellos y a darles todo lo que tengan. Si uno no se puede negar a sí mismo por causa de otros, le será imposible guiarlos en la senda espiritual. Aprendan a darle a otros lo que ustedes tienen, aunque piensen que no es nada. Entonces el Señor comenzará a derramar Su bendición.

(2) La fortaleza interior de un obrero debe corresponder a la medida de su labor. No debe pasar de ese límite ni debe hacer esfuerzos desmesurados, ni tener desasosiego ni escasez ni ansiedad ni debe carecer de un fluir desbordante; tampoco debe tener planes humanos ni debe adelantarse al Señor. Todas éstas son condiciones indeseables. Si uno tiene abundancia interiormente, lo que emane de uno será como la corriente de un río, y no necesitará un esfuerzo desmesurado. Uno debe ser un hombre espiritual y no meramente actuar como si lo fuera.

(3) Aprenda a escuchar a otros en lo pertinente a su propia labor. La enseñanza de Hechos 15 consiste en que escuchemos a todos los hermanos, esto es, que prestemos atención a los puntos de vista de ellos, porque el Espíritu Santo habla por medio de ellos. Sea muy cuidadoso, pues si se rehusa a escuchar la voz de los hermanos, es posible que no oiga la voz del Espíritu Santo. Todos los obreros y los colaboradores deben sentarse a escucharlos y darles oportunidad para que hablen sin restringirlos. Sea bondadoso y humilde y esté dispuesto a escuchar.

(4) La dificultad de muchos reside en que no han sido quebrantados. Ellos habrán escuchado acerca de ser personas “quebrantadas”, pero el significado de esta palabra está fuera de su alcance. Si uno ha sido quebrantado, no intentará llegar a sus propias conclusiones en cuestiones administrativas o con relación a la enseñanza, ni afirmará que entiende a las personas ni que es capaz de hacer algo, ni se arriesgará a asumir autoridad ni a imponer su propia autoridad a los demás, y no se tomará la libertad de criticar a los hermanos ni a ser arrogante con ellos. Un hermano que ha sido quebrantado no tratará de defenderse, y no habrá nada a lo cual necesite mirar atrás.

(5) No debe haber ninguna tensión en las reuniones ni en la iglesia. En cuanto a los asuntos administrativos de la iglesia, aprenda a no hacer demasiado usted solo; distribuya las labores entre los demás y ayúdeles a que aprendan a usar su propio discernimiento al tomar decisiones. Primero, debe instruirles brevemente sobre los principios fundamentales que se deben seguir y, posteriormente, determinar si han actuado conforme a dichos principios. No es bueno echarse encima demasiadas cargas. Evite ser demasiado visible en las reuniones; de lo contrario, los hermanos podrán sentir que usted monopoliza la reunión. Aprenda a depositar su confianza en los hermanos y a distribuir las funciones entre ellos.

(6) El Espíritu de Dios no puede ser impuesto en la iglesia. Uno debe someterse a El; de lo contrario, una vez que El detiene la unción, la iglesia se sentirá cansada o posiblemente aburrida. Si el espíritu de uno es fuerte, afectará eficazmente a toda la audiencia, cautivando su atención en diez minutos; pero si es débil, aunque uno grite amenazas y use más tiempo, no será de ayuda, y hasta podría causar daño.

(7) Al dar un mensaje, no lo haga muy largo ni muy elaborado; si no, el espíritu de los santos tenderá a aburrirse. No incluya pensamientos superficiales ni lenguaje tosco en el contenido de su mensaje; evite ejemplos infantiles así como razonamientos tan comunes que la gente los considere pueriles. Aprenda a impartir la esencia de un mensaje en media hora. No piense que porque usted disfruta su propio mensaje, que por eso las palabras son de Dios.

